

Sin renglones

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

AUTORIDADES

DRA. ALICIA BARDÓN
Rectora

ING. JOSÉ GARCÍA
Vicerrector

PROF. MARTA ALICIA JUÁREZ DE TUZZA
Secretaria Académica

CPN LIDIA INÉS ASCÁRATE
Secretaria Económico Administrativa

DRA. MARÍA CRISTINA APELLA
*Secretaria de Postgrado y a cargo de la
Secretaría de Ciencia, Arte e Innovación Tecnológica*

LIC. JOSÉ HUGO SAAB
Secretario de Políticas y Comunicación Institucional

ING. AGR. GUSTAVO ADOLFO VITULLI
Secretario de Bienestar Universitario

ARQ. PATRICIA GRACIELA RODRÍGUEZ ANIDO
Secretaria de Planeamiento y Gestión de Proyectos y Obras

LIC. MARCELO ADRIÁN MIRKIN
Secretario de Extensión Universitaria

SERGIO WALTER ARAGÓN
Secretario de Asuntos Estudiantiles

Ana García Guerrero - Emiliano Ceridono
(compiladores)

Sin renglones

Talleres EDUNT-MANDRÁGORA 2016

Sin renglones / Sada Abate Rospide ... [et al.] ; compilado por Ana García Guerrero ; Emiliano Ceridono. - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : EDUNT, 2016.
230 p. ; 19 x 23 cm. - (A las historias las contamos nosotros ; 2)

ISBN 978-987-1881-69-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Talleres Literarios. I. Abate Rospide, Sada II. García Guerrero, Ana, comp. III. Ceridono, Emiliano, comp.
CDD 863.9282

© **EDUNT**

Rossana NOFAL, Directora

Equipo editorial

Valeria CANGEMI

Aldo COCHERI

Lucía PALERMO

La edición de este libro estuvo al cuidado de Valeria CANGEMI

Gerardo RODRÍGUEZ, *Diseño de tapa*

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros publicados por EDUNT incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la directora editorial u otra autoridad de la Universidad Nacional de Tucumán.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© EDUNT

Crisóstomo Álvarez 883, 4000 S. M. de Tucumán, Argentina

Tel-fax: 0381-4523140

e-mail: edunt@rectorado.unt.edu.ar

www.edunt.unt.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-987-1881-69-7

Apenas entra en la vida, el niño es ya cazador. Caza los espíritus, cuya huella husmea en las cosas; entre espíritus y cosas transcurren años en que su campo visual permanece libre de seres humanos. Le seduce como en los sueños: nada es permanente; todo le ocurre —cree él—, acaece, le pesa. Sus años de nómada son horas en la selva de los ensueños. Desde allí arrastra la presa al hogar, para limpiarla, consolidarla, quitarle el hechizo.

Walter Benjamin, *Calle de Mano Única* (1926-1928)



sin
renglones

Mundo Mandrágora: prólogo en modo contar una vida de palabras con muchos tiempos

Escribir se vuelve un espacio inmenso sin la hoja Rivadavia. Bueno, ya sabemos eso. Pasaron las construcciones de cada cosa y las correcciones de hilos sueltos. Léímos mucho, la historia del cuerpo y las del camino camino.

Ana García Guerrero
Emiliano Ceridono

Una raya que es un palito y camino que lleva a los Quijotes a la aventura y que con otro palito tobogán hace una A de alma, de angustia, de abrir. La A escalera es risotada de fulanos y la ronda de escarabajos se vuelve O que envuelve

sin
renglones

amores invisibles a la sombra de un árbol de lilas. Paso a paso las formas tuvieron sentido para todos nosotros, porque Mandrágora alimentó los pájaros con patas de tinta china y los bueyes que empujan nuestras manos florecieron en surcos torcidos, glifos en la arena, escritura disparatada. Orgullo y alegría inconmensurables al comprobar, una vez más, la profundidad de la raíz mágica y esa insistencia admirable en que la infancia cuenta su propio cuento.

Sebastián Fernández

La tribu se ha asentado, pero no se ha cansado de caminar. Somos montones de escarabajos, con ritos de baile catala tre-gua, llenando remises de golosinas, libros, vasos y dispositivos de imaginar: anteojos, sombreros, papelitos rojos, negros, blancos y hasta de color Flics. De la palabra-cuerpo hasta la palabra-escrita, la realidad atravesada en tantísimos intercambios de calidez, de grito pelado y de susurro (también con otro dispositivo). Así la palabra-voz está más viva que nunca. Los sapos vienen desde Buenos Aires a conocer a los chicos. Hasta de París vienen.





La planificación existe flexible como debe ser, porque algún nuevo libro nos maravilla. Este va para la próxima semana. Lo nuevísimo se hila con lo clásico, los favoritos de siempre y hasta las novelas. Siempre con las buenas prácticas en una lógica del cuidado. Los objetos siempre a la vista. Hasta un Aleph nos conseguimos alguna vez. Por supuesto, quedó en el aula y solo se ve desde cierto ángulo. Siempre a la altura de los chicos.

Cecilia Farías

La rebelión consiste en atravesar el sueño y regresar afe-
rrado a la rosa, en empezar de otra manera el día, en saber
que solo una cosa no hay, y es el olvido en abrir libros y bu-
cear entre piedras negras, y no volver intactos de la lectura y
cerrarlos, para salir a nombrar y escribir el mundo. Y levantar
el sol, que el sueño de muchos ha hecho.

Sergio Paz

sin
renglones

sin
renglones

De tanto querer decir «¡Me sale sentir!», *Vademécum*, del latín *vade*, «anda», «ven»; y *mecum*, «conmigo». Eso es Mandrágora, un *anda conmigo...* con remedios de liebre y sombrerero. Andan conmigo esos ojos llenos de lecturas y cuentos con mil fines o sin ninguno; todos mejores, porque son de latidos fuertes. ¡*Vade* en generaciones, Mandrágora!

Después de Mandrágora nada se ve de la misma manera, y nunca más se está solo.

Viviana González Delfino

Como un pequeño barco de papel que despedimos emocionados desde la vereda de la plaza después de un día de lluvia, esperanzados de que tenga la más grande aventura. Sin renglones se cuenta la historia.

Emilio Ayala

A lo lejos los aprendices cantan el rap de la bruja Maruja. Ella no los escucha. Prueba ingredientes nuevos con pócimas antiguas. Nada resulta para curar los males de amor. Inten-





tan una sopa de letras sin renglones. Solo la escritura alivia las heridas.

Lucía Gandur

Pasar por Mandrágora hace que sea bueno mirar hacia atrás y no solo ver recuerdos. La mirada devuelve trabajo, sonrisas, letras, témperas y un inolvidable *Árbol de Lilas*.

Leer entre muchas voces. Se ve la construcción de libertades en la infancia con todas las letras. Se ve un camino de palabras desaparejas, de colores, entre dibujos que cuentan miles de cosas sin renglones.

Ana Laura García Guerrero

Yo tuve la sensación de que la libertad tenía las puertas abiertas. Muchas veces creemos que ser libres tiene que ver con un pretexto de filosofías y manuales de derechos del hombre, pero un día encontramos que había un espacio que cortaba en seco lo que era la ansiedad. Por lo menos, yo lo sentí así. Ansiedad desde la panza, que desafiamos al entrar en el grado de tantas primarias, o que ironizamos al subir a

sin
renglones

sin
renglones

un colectivo. La ansiedad nos marca cómo debe ser la vida sin vivirla y solo sufrirla como si fuera una vida como la de todos. Yo me encontré con ese lugar; creo que otros también lo lograron. Existe un espacio chiquitito —serán seis o nueve metros cuadrados—, una especie de cárcel donde los carceleros no usan bastones ni uniformes monótonos. Y somos felices. Yo *felicezco*, tú *felicees*... No quiero llegar a los lugares comunes, los detesto. Esa sensación de estar en una celda con puertas abiertas es lo que me da vida. Los chicos lo saben más que yo.

Pablo Arredondo

Sin renglones tal vez sea la oportunidad de volver a uno de esos amores de huellas hondas e indelebles: Mandrágora. Eso, desde tierras frías y lejanas, se siente como viajar al refugio, la infancia, la casa, al lugar mismo de las inauguraciones, donde «se ponen las cosas a salvo de la muerte», donde se sobrevive a los espantos, donde se forja el espíritu determinado y se crean los mundos posibles y se expresan las utopías y las locas esperanzas... Imagino la creación de este libro desde el desafío de atravesar la hoja en blanco, con sus paisajes en po-





tencia, sus vigorosas historias latentes, sus luchas interiores, sus extremas penurias, sus emociones oscuras tan antiguas e intensas y sus alegrías revienta corazones. Lo imagino (con conocimiento de causa) en el paso a paso artesanal del vital juego de la escritura, de los sueños compartidos, del cuerpo-alma sensible tomando su lugar y saliendo al encuentro de la propia palabra y la propia voz.

Pablo Delgado

Escribir. Aprender a escribir, aprender a escribir enseñando a escribir. La L acostada puede ser una pistola. La V al revés un techo. Con V se escribe *violencia* y *victoria*. Lista de palabras: que me gustan, que odio, los deseos, las cosas que esconde el Macuca...

Llenar la hoja, la hoja en blanco, cortadita a la mitad para que el vacío por llenar sea más chico. Llenarla con dibujos primero, con palabras sueltas después. Los talleristas escriben las palabras que dicen los chicos. Hay un alguien que las escucha y que las escribe para que otros las lean.

Los chicos tienen la palabra, todos los chicos la tienen. La escriben cuando alguien acerca la hoja y quiere saber de esa

sin
renglones

sin
renglones

palabra. La escriben en paredes, en hojas y en libros. Ahora escriben libros. Entregan, comparten lo íntimo de su corazón, de su escritura, de su deseo hecho libro.

Alicia Small

Escribimos un prólogo loco con mis amigos, voy pensando. Salgo de una reunión del jardín de mi hijo en la que me dicen que parece que le va a costar primer grado porque «le cuesta volcar en el plano». Ahí nomás se me viene toda esta idea de los renglones y la hoja Rivadavia... Entonces pregunto si podemos esperar hasta el año que viene para preocuparnos por eso, así mientras tanto vamos aprovechando el tiempo que queda para jugar y aprender desde otro lugar.

Ahora pienso. ¡Qué lindo es escribir cuando uno tiene ganas! ¡Qué lindo es leer cuando no hace falta encontrar cincuenta adjetivos y cincuenta sustantivos!

Yo todo eso lo disfruté de grande ya, con Mandrágora: ahí conocí la libertad de la palabra y de las ideas, y me encanta





saber que hay chicos que lo siguen descubriendo. Leo sin renglones... la magia que tanto bien hace.

Mariana Pucci

Mandrágora: el espacio de lo abierto. Apertura de puertas y de ventanas, de fantasía y de literatura, de goce y de juego: de narrar la otra experiencia vivida, saltando renglones, saltando reglas, transformando el mundo.

Edelueys Robinet Theller

Es martes y es octubre. Hace calor. Por suerte, el pabellón tiene grandes ventanales por los que nos llega el vientito de la tarde. Sentados en el piso estamos todos —chicos y talleristas—, salvo Rossana, que está sentada en una sillita petisa con el libro en la mano. El silencio se corta por una risita que no se puede contener cuando Natacha le cuenta a Pati que el tarado de Jorge le dijo «Salí de acá», y finalmente explotan las carcajadas al imaginarse las bananas globo.

sin
renglones

Pertucci (¡que se llama Jorge Luis!) gira alrededor del grupo, sin sentarse ni alejarse. Nos complace que esté ahí y que también —nos parece— se sonría cuando Nico y Matías, descostillados de la risa, se inflan como si fueran globos con formas de frutas.

Después de leer: ¡a pintar!

Papel glasé, felpas, brillantina, plasticolas de color, lápices. Los materiales se usan todos y los dibujos se convierten en auténticas obras de arte. Natacha con Pati, con el Raffles, con su mamá y con su papá, en su casa, en su cama, en la escuela. La intimidad de las escenas que componen contrasta con el día a día del Hogar Eva Perón. A la institucionalización en la que viven, los chicos le oponen una familiaridad que desconocen o conocen a partir del deseo.

Lo que la literatura *puede* aparece ahí, en esa zona que no es de la palabra sino de los aleteos de mariposas en la panza, de escarabajos andantes, de copito de algodón.

Victoria Daona

Si las palabras que se usan son todo lo que existe, entonces jugar con palabras es poder nombrar mundos diferentes. Esas





palabras que elegimos para el juego también nos nombran y nos construyen, cada palabra es importante, jugar es aún más importante. Para mí Mandrágora es esa palabra justa: el tiempo de la infancia y el juego, las risas, el encuentro y todas esas palabras que nombran al amor, y que nos hacen saber que hay un mundo mejor, uno que entre juego y juego están armando los chicos y las chicas. Aplausos y abrazos a cada cuento, a cada chico, a cada chica y cada profe avocados a esta tarea de hacer un libro como si cambiáramos el mundo.

Maximiliano Arístides Salas

Un papel en blanco, cuerpos cargados de poesía. Ningún renglón nos condiciona y las palabras son colores para dibujar. Un *collage* hecho de historias, juegos, retos y risotadas.

Stop!

Y se plasma la imagen que ilustrara los relatos. Una canción le pone a las palabras la puntuación justa para ser una melodía de amor, traición, esperanza...

Adrián Albano

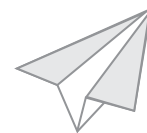
sin
renglones

sin
renglones

Las estaciones son circulares espiraladas, nunca lineales. Eso nos otorga una manera vital, inalterable, de ser, de estar. Por eso nos encontramos y reencontramos cada vez y, a veces, nos juntamos para reconocernos.

Lugui García Guerrero

Y es que la infancia es un Estado. Así con mayúsculas y con todo el olor a política y a libertad que une a esas dos palabras. Estado que se rige por sus propias leyes puestas y propuestas por quienes la transitan: incuestionables. Hace mucho que no soy niña y tengo entendido que varias cosas cambiaron. Sin embargo, me han contado que sigue estando prohibido prohibir y que aún se toma asistencia: no puede faltar ningún color en la caja de herramientas. Si no, ¿cómo va a pintar Amadeo el sol plateado que vio ayer a la tarde, por ejemplo? ¿Cómo va a dibujar Azul al gato verde con el que soñó el año que viene? Las hojas son sin renglones y de a montones. Hay miles de escarabajos y *Natachas* por inventar. La panza siempre llena. Llena de amor, de sueños y de comida, que el *buajajaja* es





largo y para sacudirse, cantarlo y bailarlo como corresponde se necesita ¡toda la energía del mundo!

Sonia Páez de la Torre

«Las manos del Enano dibujan en la tierra. Un círculo, un cuadrado, una nube, un pájaro, una montaña, un auto, una flor. Todos marrones, como las manos, y se pregunta de dónde habrán sacado ellas tantas cosas para dibujar» (*El Enano*).

Creo en los seres que sueñan y que cuando piden un deseo, piden uno que puedan compartir con todos.

Maby Sosa

La escritura como fragmento del pensamiento. La palabra como prodigio de la invención. La lectura como puerta de la imaginación.

Contar historias, armarlas y desarmarlas. Coleccionar lápices. Despedazar cuentos. Elegir libros. Inventarse un autor. Conjurar fantasmas. Armar el mapa de las obsesiones. Robar palabras. Perderse en el laberinto. Cazar sentimientos. Guardar secretos en un reloj. Borrar todo y volver a empezar.

sin
renglones

sin
renglones

Conquistar modos de escritura. Autores de su propia infancia. Dueños de la palabra con el poder de los elefantes para ocupar muchos espacios, para habitar el tiempo de jugar que es el mejor, para trazar monigotes de cualquier color y borrarse con ellos en la orilla del mar.

Laura García

Pensar, pensar... anotar, borrar, escribir, mirar, revisar, reescribir. Tener una idea, dos, tres, soñarlas y acordárselas, ideas que duelen, que divierten, que reclaman, ordenarlas en filas onduladas, sin renglones, inclinar el lápiz, conquistar la hoja con palabras, pensarse los miedos, los amores, los sueños, ponerles una cereza con merengue, anotar, ordenar, escribir y fundar.

Silvina Pérez Lucena





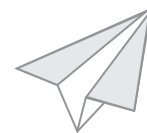
sin
renglones

Saber, imaginar, escribir «sin la hoja Rivadavia»

«Para saber, es necesario imaginar», sentencia Georges Didi-Huberman al comienzo de *Images malgré tout* (2000), un libro en el que explora la relación entre lengua e imagen en la construcción de las memorias (en este caso, del Holocausto). Ese comienzo es también el de un capítulo que vuelve sobre cuatro fotografías tomadas clandestinamente por un miembro del Sonderkommando en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, prácticamente sobre el fin de la Segunda Guerra Mundial. Imágenes anónimas capturadas por un resistente anónimo que terminaría sus días en el mismo infierno que venía de documentar. Casi veinte años después, pareciera ser el otro polo de la referencia el que lo ocupa: *Peuples en larmes, peuples en armes. L'oeil de l'histoire, 6* (2016) se

centra sobre la potencia política de la representación del dolor a partir del arte, en especial a partir del cine (y, más concretamente, de *El acorazado Potemkin*, de Serguéi Eisenstein). Estos dos pretendidos polos, documento y arte, se confunden en la producción de Rossana Nofal ya desde el momento en que decide leer los testimonios ligados a la violencia política de la última dictadura argentina en clave de «cuentos de guerra». Rotunda e incisiva desacralización que tiene su correlato en las prácticas de taller que propicia desde 1995 en San Miguel de Tucumán desde el Grupo Creativo Mandrágora. Prácticas que se han replicado en otros lugares del país (en principio, en Santa Fe) debido a la fuerza con que desmontan estereotipos respecto de cómo armar talleres destinados a jóvenes y niños a partir de la literatura y otras formas del arte.

Algunos de esos desmontajes se deslizan en esta nueva materialización de los resultados de esas intervenciones: «Escribir se vuelve un espacio inmenso sin la hoja Rivadavia», advierten al inicio de su compilación Ana García Guerrero y Emiliano Ceridono. Como el arte de Louise Bourgeois, que trabaja el espacio como una metáfora de la estructura de la existencia, García Guerrero y Ceridono dejan entrever otro lugar





para el cuerpo y para la escritura —y, por lo tanto, para la subjetividad— en estos talleres. Un lugar-otro si se lo compara con cualquier espacio escolarizado. Un espacio que aquí se trae a partir de la metáfora de la hoja Rivadavia con el arrastre de todos los rituales que escribir en esa superficie rígida y perfecta y prolijamente enmarcada acarrea: rituales del cuerpo que se traducen en rituales de acercamiento a la materialidad del papel. ¿Hay lugar para el borrador en la hoja Rivadavia? ¿Hay lugar para el enchastre? ¿Y cómo se posiciona sobre la hoja la mano que escribe en el cuaderno Rivadavia? ¿Qué resto queda allí para el borrón, el manchón, la tachadura, es decir, para la escritura?

También en ese inicio se trae el eco de una doble definición que aprendimos de Jacques Derrida. Esta definición anuda inextricablemente lectura con escritura: Derrida nos recuerda que tal vez leer no sea sino apenas seguir con obstinación un hilo de lectura de los muchos que se enredan en la trama de un texto. Y, correlativamente, escribir no sería ni bordar sobre ese hilo (ocultándolo) ni quedarse al margen, sin atreverse ni a tocarlo. Como muestran los textos que siguen (los textos de los destinatarios de estos talleres que son aquí los verdaderos autores de este libro), escribir involucra el cuerpo (los textos

sin
renglones

sin
renglones

traen restos de dolores, de miedos, de violencias, de sueños perdidos, pero también de fantasías, de sueños recobrados en los que la amistad, el amor, la inteligencia y también la lectura y la escritura tienen su rol potenciador).

Algunos otros desmontajes se producen desde ese prólogo coral que probablemente también (creo) le hubiese gustado a Derrida. Un credo fundado en lo que el filósofo francés ha escrito sobre los prólogos que valora: hace ya varios años, en un prefacio para uno de sus libros, *La dissémination* (1972), resistía los protocolos y los lugares comunes del género. Así, en el sitio ortodoxo que usualmente en todo libro ocupan los prefacios, incluye un ensayo que, más que adelantar su lectura de los textos que siguen, vuelve sobre fragmentos de otros prefacios mientras tramita su resistencia a escribirlos toda vez que se entienda por tales las síntesis que, de todos modos, el lector descubrirá en su recorrido. Distráidos por su escritura, atrapados por el magnetismo de su literariedad, nos encontramos de pronto en la parte final del texto. Derrida ha *actuado* sus principios: al componer un prefacio que no adelanta su lectura de los ensayos que le continúan deshabilita tanto la tentación del control o de la censura en la que los autores (o sus allegados) suelen caer al (pretender) legislar respecto





de la interpretación de sus textos como la subestimación al lector quien, de este modo, es invitado o desafiado a producir su interpretación, es decir, su lectura y, luego, su escritura.

Algo de esto hay también en este prólogo que, más que sobre lo que el lector encontrará a continuación, repone las escenas que habilitan su producción: se leen entonces los credos de Sebastián Fernández en la «profundidad de la raíz mágica» que el arte activa mientras se propician escenarios para que «la infancia cuente su propio cuento»; se lee en los trazos de Siluina Pérez Lucena la interpelación al esfuerzo que toda escritura demanda; se lee el voluntarismo testarudo de Sergio Paz y la convocatoria a torcer el rumbo solo en apariencia predefinido de los andares cotidianos; se lee la confianza en el trabajo colectivo y curativo en la voz de Viviana González Delfino y también en la de Lucía Gandur; se lee la destierancia de toda escritura en Emilio Ayala; se lee en Ana Laura García Guerrero el diseño de un proyecto de trabajo que elude los protocolos que esclerosan; se lee en Pablo Arrendondo el denodado sorteo de todos los umbrales (esos que dejan en ese borde-no-lugar, ni en uno ni en otro espacio, paralizado, *ansioso*); se lee en Pablo Delgado la fantasía de poner «las cosas a salvo de la muerte»; se lee el poderoso gesto de escu-

sin
renglones

sin
renglones

cha en Alicia Small (escuchar las palabras que duelen, deletrear la V que sirve para iniciar las palabras «victoria» como «violencia», escuchar lo que se dice cuando se dice «victoria» y cuando se dice «violencia» y hacer algo con eso: algo traducido en escritura, en arte, en bien simbólico tangible, en libro); se lee en Mariana Pucci el orgullo al saber que se está escribiendo un prólogo fuera de protocolos (un prólogo que arremete contra los protocolos que paralizan en todos y en cada uno de los órdenes de la vida, pero especialmente en ese orden reglado desde leyes no suficientemente reflexionadas que constituye el universo escolar); se lee en el tono y en la anécdota de Victoria Daona que la literatura «puede» contra la institucionalización cuando asfixiante; se lee en Maximiliano Arístides Salas su hallazgo de «la palabra justa» exactamente en ese sitio de descalabro de todos los monologismos que propicia Mandrágora; se lee simplemente el encuentro a secas, sin exigencias ni mandatos, en Luguí García Guerrero y en Maby Sosa (porque el compartir es también una forma de encuentro con el otro: el otro radicalmente otro y también el otro que espeja algo de mí mismo); se lee el particular traba-





jo con objetos selectivamente bellos y con comida selectivamente rica y asociada al tiempo y al estado de la infancia en Sonia Páez de la Torre; se lee la potencia de la invención en Laura García (una potencia que hace lugar a la firma, al tono de la palabra propia forjada empeñosamente entre robo e invento, entre saqueo y trabajo, entre copia y formulación).

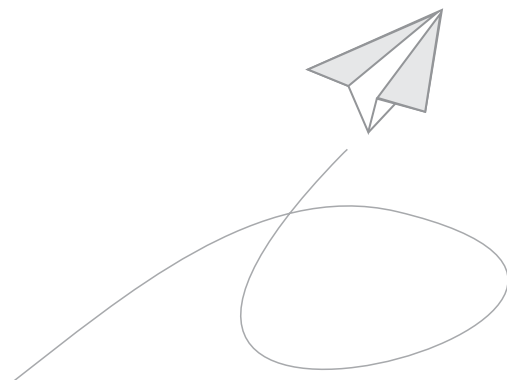
Si aparentemente repaso o sintetizo a partir de un gesto que pareciera no muy cercano a esos de Derrida a los que suscribo, es porque en mi insistencia hay un motivo: la fantasía de que no pase desapercibida una repetición. Una redundancia necesaria lograda junto a otros textos producidos por este colectivo: videos, otros libros, artículos presentados en *workshops*. Una biblioteca recursiva como es recursivo todo gesto pedagógico. Un archivo por-venir que enseña sobre el cuidado de cada decisión, de cada práctica, de cada acción colectiva en cada taller. Un cuidado de sí y un cuidado del otro a quien van dirigidas estas intervenciones, estas interpelaciones ético-políticas a imaginar y, por lo tanto, a saber, a aprender más allá de los protocolos del cuaderno Rivadavia (un más allá que no riñe la conversación con el ruido, la

sin
renglones

sin
renglones

producción con el desorden, la letra con la imagen, la razón con la emoción; un más allá que no censura los cuerpos desparramados en el suelo porque ensimismados en la escritura; un más allá que hace lugar al disfrute de la comida mientras se accede a una circulación de bienes simbólicos que no desestima otros consumos, otras circulaciones; un más allá que ofrece, entre otras cosas, hojas «sin renglones» para autores y lectores por-venir).

Analía Gerbaudo
IHuCSO Litoral-CONICET-UNL





sin
renglones

Sin renglones

Cuando los chicos escriben, toman una decisión sobre el sentido de su escritura, qué sentido tendrá o simplemente si tendrá sentido. Las elecciones escriturarias siguen el camino del juego. Serán actores y espectadores que juegan para lograr no ser lectores mientras leen, ni escritores mientras escriben ni actores mientras actúan. Contar por escrito los pone ante la certeza de la infinidad de posibilidades que existe en la maravilla de poder decir una cosa por otra.

Vivimos en un universo de cuentos que forman una red de referencias con las que enfrentamos la realidad para habitar ese espacio verdadero del cual tomaremos los hilos y tejaremos nuestro cuento, que tendrá la oportunidad de convertirse en parte de nuevas tramas.

sin
renglones

En un taller de chicos que escriben, hay un descubrimiento constante del *otro* que son ellos mismos. Mientras se juegan los sentidos y sus conflictos, se encuentran con un *yo constructor* que abrirá las puertas al nuevo ritual. El primer mandato de la lectura es el saber de las palabras dichas por otros, sus tradiciones y sus universos.

Un coordinador es siempre un lector. Conoce el juego y sabe construir identidades lectoras con estrategias múltiples. Puede incluir, seducir, inventar, dejarse seguir por los caminos; sabe, sobre todo, develar las señales para entrar y salir de la ficción y sus artificios. Es allí donde el juego es fundamental para la escritura y la construcción de los narradores escondidos en la experiencia personal. Hay vértigo y un poco de miedo. Nada de lo que puede suceder en el momento de la creación es o será seguro ante la nueva, desconcertante y abrumadora realidad de la ficción. La literatura abre y encuentra otros espacios en ese transcurrir.

Alejados de patrones rígidos sobre decir lo que los otros quieren oír, surge un tiempo de silencio personal para dejar que la escritura se vuelva experiencia, dolorosa, iluminada, liberadora... cada uno elegirá dónde y cómo guardar ese momento. El proceso de escribir en el taller es siempre desorde-





nado; un taller es un lugar donde las cosas se están haciendo con su propia temporalidad.

Los chicos eligen con qué escribir. La escritura puede demandar un lápiz negro, una fibra, una birome o un marcador, hay colores para elegir y sobre una hoja —sin renglones, no siempre en blanco, no siempre blanca— escriben. Hojas lisas, sin renglones, y la experiencia de poner las cosas en palabras de ese viaje que se armó en el recorrido del caminar hacia la hoja.

Se los ve felices.

¿Qué se lee en el taller?

En el taller se lee sin un programa determinado de antemano. Las colecciones se organizan a partir de la escucha y del diálogo. Los cuentos nos permiten comenzar y terminar una lectura en un mismo encuentro. Los intercambios de sentidos habilitan la discusión, el descubrimiento de la historia y sus formas más complejas.

Los chicos no llegan al taller con mucha lectura y traen efímeros aportes de algún personaje televisivo amado y pegado

sin
renglones

sin
renglones

en las carpetas durante un año o dos de canciones y conciertos y mochilas de la estrella que ha surgido como el sueño a alcanzar. Todo se recibe y se permite: han surgido grandes escrituras de aventuras vividas en un *video game*, historias de amor de la serie de moda, y pasa un tiempo necesario para despegar de esos personajes y sus avatares a la hora de escribir.

Mientras tanto se abren otras puertas. El libro como objeto, la lectura en voz alta, el círculo, interrumpir, opinar, preguntar, ejercer derechos de lectores, cuestionar. Creemos que hay que ofrecer la voz, el cuerpo, los tonos, un *mientras tanto del relato* que permite irrumpir, comer, hacer ruido con las galletitas, tomar la merienda escuchando, sentarse en el suelo y buscar la posición para la creación.

A la hora de escribir se comparten espacios y lápices en hojas lisas, sin renglones, sin corrección de ortografía y sin escritura derecha para no cortar el envión libertario de la fiesta que significa la escritura en el taller. La literatura tiene, para los chicos, cientos de puertas y nombres propios que tardarán en ser sentidos como propios.

¿Y los clásicos? Suelen preguntar los lectores adultos y a continuación, como respuesta, se viene una lista insoslayable de libros capaces de convertir a cualquier chico en lector. Los





clásicos los esperan: en algún momento de esas vidas lectoras habrá una ballena blanca y un chico corriendo por las calles de Londres y un joven escapándose de prisión con deseos de venganza y piratas tomando ron en una isla. Se necesita, tal vez, tiempo para esos paisajes y es posible que, más tarde, algunas de las puertas señalen el camino y lo encuentren solos. Mientras tanto, armamos el equipaje con las herramientas para el viaje.

Camino, camino, camino

Sabemos cuánto les gusta a los chicos la teatralidad de ser otros, ponerse la máscara y, como dice Oscar Wilde, ser más uno mismo que nunca. Haciéndonos cargo de la demanda, una parte importante de los encuentros está destinada al trabajo, al juego con el cuerpo.

El espacio es chico. Hay que mover mesa y sillas. Como en esas fiestas donde la diversión comienza corriendo muebles contra la pared, empieza la música y la voz del coordinador que indica la caminata que los conecta con el movimiento. Entramos en el inmenso universo del teatro, en la generosi-

sin
renglones

dad de su lenguaje, en la innegable felicidad que produce, y el secreto de saber qué cosas se sacrifican jugando a ser otros. La suspensión de la realidad, el pacto con la ficción, es un aprendizaje que nos viene de lejos. En el taller intentamos capturar toda esa experiencia y mostrar el camino de regreso.

Con los juegos teatrales las construcciones son más fluidas, repetimos que la literatura está hecha de ese material tan escurridizo que son las palabras, atravesadas por la lectura y la escritura, y terriblemente domesticada y estructurada en el sistema.

No siempre lo ocurrido durante el tiempo del juego teatral se traslada a la hoja. A veces, por mucho que nos haya gustado —o tal vez por eso—, se queda en el instante del rincón donde surgió. Hay cosas que no pueden ir de un lugar a otro sin correr el riesgo de perderse.

Los coordinadores, el principio, el medio y el fin

Cada año, al comenzar el taller, respondemos preguntas a los padres de chicos que llegan por primera vez sobre lo que





se hace en el taller. Es realmente una respuesta difícil de armar, aun cuando lleva tiempo repitiéndose.

La dificultad empieza en la pregunta. ¿Qué se hace aquí? O ¿cómo es esto? Si el chico en cuestión fuera a alguna práctica de artes marciales, de esas disciplinas orientales que encierran una riqueza milenaria, es posible que a nadie se le ocurra preguntar más allá de la ropa que necesitarán. En aquello que tiene que ver la palabra todo es tan intangible que confunde.

Después de algunos años esquivamos respuestas, hablamos de lo felices que los chicos son en nuestros talleres, y es absolutamente cierto, pero explicar no explicamos, porque todo lo que se sale del espacio de las convenciones suena a transgresión. Transgredir es lo que se hace aquí. Se lee en voz alta, en grupo, entre comentarios, se interrumpe y se escribe en una hoja sin renglones. Tampoco es la celebración del caos, ni el lanzamiento del chico al espacio vacío.

Por diferentes razones, en la escuela —donde también son muy felices—, los chicos se ajustan a una gran cantidad de normas. La lectura y la escritura están atravesadas por palabras. Es en la escuela donde aprenden a leer y a escribir, es allí donde la ortografía desarrollará su campo, es allí donde la caligrafía será importante.

sin
renglones

sin
renglones

En el medio de un conjunto de normas rigurosas la escritura toma un rumbo determinado, la ortografía es muchas veces la responsable de tres o cuatro puntos menos en un trabajo. La comprensión de ideas sobre un texto literario tiene formato determinado, hay cuestionarios, esquemas sobre principio, medio y fin en todas sus variantes y la literatura se queda allá lejos.

Los chicos generaran estrategias para sobrevivir y obtener buenas notas. Es posible que ese sea el punto. La nota viene de una evaluación, una evaluación viene de una tarea, una tarea de una consigna, una consigna de un punto de un programa y otra vez se nos quedó lejos el cuento.

Formar lectores es diferente: la literatura, el arte en general son espacios de mucha libertad. Borges decía que no se podía enseñar literatura, que él solo les presentaba a sus alumnos algunos autores para tenerlos ahí como amigos de ocasiones especiales. Volviendo a la trasgresión se trata solo de ir atrás del espejo, como Alicia, y ver que las normativas no son las que rigen, son las que están, las que debieran estar al servicio de aquello que es más importante. No se puede estar al servicio de normativas, simplemente porque dejarían de serlo.





Quitando la presión de la evaluación y la aprobación, los chicos se sienten más cómodos, siempre aprobados en el acto de atreverse, a ejercer derechos de lectores, a escribir sin renglones que respetar. La escuela estará allí para aprender con qué se escribe cada cosa y para educarse en cientos de zonas de diferente naturaleza. Los libros de cuentos, las historias, se quedan de este lado, el viaje a la lectura es sin equipaje.

Durante la etapa de corrección de las escrituras pasamos por muchos momentos. Hay una especie de retroceso en las enunciaciones. Los chicos tienden a volver a lo que se espera oír, son expertos en eso. Muchas veces nos planteamos tomar para las publicaciones el material sin corregir: sería más fácil, más limpio. Pero nos parece importante que tomen sus propias decisiones en cuanto a aquello que va a ser leído por otros.

Este proceso arranca en las producciones que hicimos durante el año. Hasta aquí escribimos en hojas blancas. Cuando comienzan a elegir los relatos para las publicaciones (los coordinadores, tal vez, hubiéramos elegido otros) cambiamos el color de las hojas, escribimos en este caso en hojas verdes. Releemos el cuento y sugerimos alguna idea que no se desarrolló y que era muy buena, o mostramos los hilos sueltos.

sin
renglones

sin
renglones

Sobre hilos sueltos hablamos siempre, aprenden rápido a reconocer cuando esto ocurre en el relato y también muchas veces les gusta que se queden sueltos, jugar con eso como estrategia.

En la corrección en ocasiones se pierde un poco de frescura. La idea de corregir esta arraigada al sistema educativo. Cuesta mucho esta etapa, renuncian y deciden escribir otra cosa. Los dejamos sentir y pelear la incomodidad, buscamos cuentos que traigan señales nuevas, generamos otros juegos. Hay gente bloqueada, atravesamos juntos la angustia de borrar, escribir, borrar, escribir, hacer bollitos y tirar. Enojarse. En el medio siempre hay un libro elegido para el momento y el juego teatral que pone el cuerpo a hablar para encontrar, poco a poco, el paso otra vez.

La tarea de coordinación es muy intensa en estos momentos porque la práctica de la corrección es fundamental para la escritura. El equipo sabe que no hay pautas universales para enseñar a escribir. Hay modelos, pero son cambiantes históricamente; en esta instancia el eje está puesto en el chico y en su subjetividad. A conciencia plena de ser lo menos parecidos a la estabilidad, discutimos en equipo y abrimos el camino comprometiendo toda nuestra pluralidad, esa que





fuimos aprendiendo antes de ser coordinadores mientras nos voluíamos lectores, y que se transformó en nuestro principio, nuestro medio y nuestro fin.

Pensar un taller

Cada vez que actividades como la lectura y la escritura reciben el título de taller hay que hacer salvedades, explicaciones referidas al cómo, desde dónde, con quiénes, para quiénes y quiénes. El trabajo de Mandrágora pasa principalmente por lo lúdico y por el espacio artístico, aunque haciéndonos cargo del rol pedagógico que involucra siempre el trabajo con chicos. Tratamos de encontrar atajos alejándonos del camino construido, reparado, clausurando y habilitando libertades.

Primero: romper la entrada, la forma de caminar, de sentarse. Apropiarse del espacio.

Después: saber que aun cuando la ruptura es posible seguimos en el entramado histórico cultural del proceso que se inicia en la institución y se queda porque la literatura está atravesada por la palabra y es en la escuela donde se aprende a leer.

sin
renglones

sin
renglones

Finalmente: la idea. Un taller como espacio de aquello que puede desarmarse, armarse otra vez diferente, sin algunas piezas, o con algunas otras, o solo experimentar y jugar. Para que eso sea posible debe quedarse afuera la clase, la tarea, las consignas que se transforman en notas y calificaciones. El principio es difícil, va a ingresar la pluralidad, las voces que no contaban, y no habrá ningún manual, ni ficha, ni guía que posea la verdad sobre la literatura.

Coda y declaración de principios

Seguimos a Derrida en la propuesta de lo que fluctúa en todo discurso. Seguimos a Foucault en su traslado a un gran campo de práctica localizada histórica, donde los discursos y enunciados circulan compartiendo un sistema plural. Seguimos las huellas del mundo Mandrágora. Fundamentalmente, nos seguimos a nosotros mismos o, como diría Ricoeur, al sí mismo como otro.





Los autores

Miércoles

Naima Farías, 6 años
Candela Villalonga, 11 años
Delfina de la Vega Escudé, 9 años
Eugenio dos Santos, 8 años
Felicita Rotta di Caro, 11 años
Agustín Bo, 8 años
Julia Figueroa Borigen, 9 años
Martina Grignola, 10 años
Lisa Villalonga, 6 años
Milena Roibón, 10 años
Naira Castro, 11 años
Noé Toscano Caldelari, 9 años
Sofía Márquez Sánchez, 9 años
Tiziana Medina, 11 años
Lucía Namur, 10 años

sin
renglones

sin
renglones

Viernes

Ignacio Ibarra Cárdenas, 15 años
Joaquín Flores, 15 años
Nicolás Ganem, 13 años
Gregorio Llobeta, 14 años
Ignacio Billone, 17 años
Ignacio Grassia, 18 años
Lucía Grassia, 17 años
Florencia Silva, 16 años
Lucía Juárez Rodríguez, 14 años
Luciana Ceridono, 13 años
Mora Toscano Caldelari, 11 años
Juana Ganem, 11 años
Sada Abate Rospide, 12 años
Eugenia García Sacco, 15 años





sin
renglones

La otra cara

—La muerte, esa oscura sombra siempre amenazante, parece tener otra cara. La muerte, para algunos, significa el final de la vida; para otros, una oscura deidad; para mí... no sabría explicarlo. Siempre que pienso en ella me entra un sentimiento de angustia. ¿Cómo moriré? ¿Dónde? ¿Cuándo se aparecerá frente a mí? Estuve pensando si la muerte es distinta con respecto a cada persona, si tiene más de una cara, si es algo más que solo la muerte... Con esto, chicos, finaliza la clase de Filosofía. Para la siguiente clase quiero que me traigan un papel con su propia perspectiva de la muerte. Y no se olviden que este año comienzan las clases de Filosofía, Ciencia y Literatura. Adiós. Hasta la próxima semana.

sin
renglones

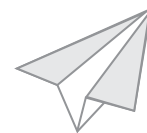
Después de salir de la universidad me dirigí a pagar unas cuentas y después volví a mi casa para reanudar mi aburrida rutina. Era tarde y me dormí.

Comienza el día: me levanto, me preparo el desayuno, lo tomo, salgo de casa a comenzar la misma y aburrida rutina, esperando que algo cambie. Vuelvo a clases. Entro al aula: silencio. En cuanto me siento en la silla me doy cuenta de que es fin de año, mis alumnos no están.

Salgo del aula al pasillo, está vacío, el resto de las aulas también están vacías. Estoy solo. Relojes... Los relojes suenan en mi cabeza. Grito, pero nadie viene.

Solo yo en mi cuarto del hospital, una chica que no habla escribe en un papel. Me hace compañía, dice.

No veo la salida, no veo, no veo más que sillas y mi libro y pasar el tiempo. Es de día y de noche. Leo el libro *Cuarto amarillo*, escucho relojes y están los pasillos y la chica muda abre las puertas de las aulas. Quiero salir, pero estoy en la cama de un hospital. Veo la puerta, la veo. La chica muda camina por los pasillos, los relojes...





Cierro los ojos en mi sillón, sigo leyendo *Cuarto amarillo*, leo en mi casa... La chica muda toca la puerta. La muerte, esa oscura sombra siempre emergente, parece tener otra cara.

Joaquín Flores

Cinco gaviotas azules

Cuando miro las gaviotas y es casi de noche, me viene una tristeza profunda. Tiene que ver con mi tío José; el mar y mi tío preferido. Una tarde el tío José caminó hacia mí y me dijo:

—Me voy a Canadá. A vivir. Quizás no vuelva.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Por trabajo —contestó mirándome fijamente.

Afuera se escuchaban las gaviotas, el mar estaba tranquilo, había olor a papas fritas para la cena y el tío José se iba.

El tío José era un científico muy famoso que dejó de ser famoso porque le robaron el trabajo.

—Son cosas de grandes —decía mi abuela cuando yo preguntaba.

sin
renglones

sin
renglones

La casa de la playa era del tío José, íbamos siempre que podíamos. Mi tío pintaba y leía: pintaba el mar, yo pintaba con él y leíamos poemas de Alfonsina Storni, que se perdió en el mar. Las cosas que se pierden no me gustan, no quería perder un tío que pintaba gaviotas azules.

Ya había perdido un perro, un abuelo y una amiga. Yo no quería que el tío José se fuera a Canadá. Mi mamá tampoco quería porque era su hermano mellizo. Me parecía absurdo que alguien dejara a su familia para irse a otro país solo por trabajo. La gente grande es rara.

¿Qué trabajo era tan importante? El tío José se fue. Casi no vamos a la casa de la playa; no tanto como antes. Mi tío escribe cartas por correo con sorpresas en el sobre y manda fotos y hablamos por Skype para que no nos extrañemos tanto.

La última vez que fuimos a la casa de la playa nos divertimos mucho. Hay momentos en los que olvido completamente al tío, las tardes de juntar caracoles, el olor a pintura, Alfonsina; pero las tardes sin sol, o con sol, las tardes cuando estoy triste miro la playa y las cuento: una, dos, tres, cuatro... cinco gaviotas azules.

Tiziana Medina





El cuerpo desparramado

Era de noche, vi el asesinato... Tremendo. Yo no quería, pero si me iba corría el riesgo de que por irme me vieran y también me convertiría en una víctima; y si me quedaba —fue lo que hice porque era la única opción que tenía— iba a soportar la presión de haber visto eso.

Yo hubiese preferido ver un robo. Seguía siendo malo, pero ya no tanto como para tener que soportar ver sangre y un cuerpo desparramado en el piso. No se eligen esas cosas.

Qué feo suena «Cuerpo desparramado por el piso», pero eso es lo que vi. Cuando logré huir, si le hubiera avisado a alguien me habrían dicho:

—¿Por qué no te fuiste?

—¿Qué hacías ahí?

—¿Viste a esas personas?

—¿Sos tonto? ¡Te hubieras ido igual!

Mucho no me importaba la opinión de nadie, en estos momentos era más importante mi desesperante situación sentimental que cualquier cuerpo desparramado.

sin
renglones

sin
renglones

Si se lo decía a la policía, iban a interrogarme; ese no era mi problema. Mi problema era que yo no quería que nadie supiera qué hacía yo esa noche en ese lugar.

Pero callado, uno no puede soportar tanta presión.

¿Y qué si investigan a la víctima? Pero fue un pensamiento al que no le di importancia porque sabía que no lo iban a hacer.

Sonó el teléfono tarde —una llamada inesperada para esa hora de la noche—. Me asusté, pero lo vi como una señal:

—Hola.

—Usted es Francisco, ¿verdad?

—Sí —dije con miedo.

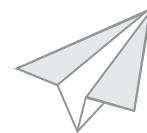
—Necesitamos que venga lo más pronto posible. (Era la policía).

«¿Quién me había visto?», pensé. Pero no me importó.

¿Cómo sabían quién era? Algo me importó.

Estoy a un paso de la comisaría; podía volver a mi casa y pensar todo de nuevo.

Me quedé. Declaré todo lo que sabía. Quería irme, pero la policía seguía preguntando cosas. De mis nervios, la manera de mover las manos, transpirar y hacer un raro movimiento





con los pies hacía que pareciera que el asesino era yo y no el tipo.

Estuve mucho tiempo en la comisaría, ya casi que era el mejor amigo del policía. Entre policías no está permitido relaciones con los sospechosos.

Mi mejor amigo, el policía, no me dejó ir; tuve miedo, me puse paranoico. Pienso que el asesino puede estar en cualquier lado. Quizás es el hombre que tengo al lado, adelante, atrás...

También tuve la maravillosa idea de quedarme encerrado para siempre, pero pienso que necesito olvidar lo que pasó y esta no es una actitud de olvido.

Una buena actitud sería comerme un tacho de helado de esos que son para los corazones rotos. Vuelvo a reconsiderar las ideas anteriores. Mejor me compro un perro, después pienso que primero necesito olvidar.

Qué difícil es el olvido... Olvidar. Seguro sería más fácil ir en bicicleta a la lluvia, pero el pequeño detalle es que no sé andar en bicicleta.

Pienso que fue perfecta la coartada, el cuerpo desparado, y la bicicleta tirada unos metros más allá. Pienso y

sin
renglones

sin
renglones

pienso, a veces hasta me olvido. Tomo mi helado de domingo.
Quería un perro.

Era una buena idea.

Luciana Ceridono

Asma

Fui al parque a dibujar. Agosto, viento, otros chicos jugando. Yo no podría jugar: demasiada tierra, muchas hojas, pocas amigas.

Empieza la tos, más y más, la gente mira a las personas que tosen, no me gusta llamar la atención y a veces me da vergüenza.

Cosas que se repiten: cama; al lado mi mamá, mi papá habla con el médico.

La vida sería tan fácil para todos sin el asma... Hasta dormir.

Un asmático sabe siempre más de velocidades porque el ritmo de la respiración es como un control.





El asma no se ve. No se ve el aire peleando por entrar y salir, y no te creen porque no se puede probar. Entonces te portás bien, corrés y te agitás. Porque el médico dice: «Vida normal».

Algo bueno por suerte hay. Tus compañeras entienden, te cubren y aprendés un montón de estrategias. Pero es algo agobiante. El asma hace que todos los sentimientos sean mucho más fuertes. «Vida normal» dicen todos. Yo también, pero mucho más intensa.

Candela Villalonga

El collar

Ruidos. Extraños. Desconocidos. Escapan de aquella puerta. Tan enorme. Tan oscura. Está en mi camino. ¿Una respuesta? No, una sola pregunta retumba en mi cabeza. ¿Dónde estás?

Mi oído perfecto, detector de cosas insoportables, tras duros esfuerzos, percibe voces. Voces humanas, lo sé. Refiriéndose entre sí, en tonos altos y salvajes. Hablan. «Una nueva res-

sin
renglones

ponsabilidad». Abro la puerta de un golpe. El golpe sorprende a los extraños. Ambos vestidos con delantales sucios y rotos. Parece que me conocen.

«¡Charlie!», gritan ambos sorprendidos. ¿Saben mi nombre? Trato de conjugar el azul depositado en sus ojos, con sus cabellos marrones. ¿Quiénes son?

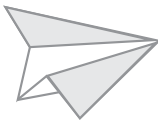
De momento, una gran alteración corre por mi cabeza, y baja hasta el cuello. El cuello desnudo. «Collar». Falta el collar. Maggie. Maggie me lo había dado hace mucho. Maggie no está. El collar, tampoco.

¡Alto! Esta no es la casa de Maggie, ella tiene una casa más grande. Maggie, alguien me llama Charlie, Charlie. ¡Otra vez! ¡No!

Observo sus manos. Ocupadas. Algo sobresale entre sus dedos. Sucios. Vuelven del baño. Están desarmando. Ensuiciando una placa. Tiene letras amorfas. ¡Dice mi nombre! ¡Ese es mi collar! Como un rayo me acerco. Siento otros olores. Pero no es tarde. Doy una mordida. No era una manzana, no. Era una peluda pierna. ¿Un hermano, quizás? Y corro la avenida. Atrás de la avenida Maggie, la casa...

Ignacio Ibarra Cárdenas





Yo no juego con esos juguetes

Estaban todos los soldados y mi mano todavía sangraba. ¿Cómo haría para vencerlos? Pensé un tiempo si era la vida real, un sueño o si estaba en la Play. No tengo armas, ellos tenían muchas armas y tienen bases. Podría correr y robar una de sus armas, en un descuido matar a todos y terminar el juego.

Cierro los ojos y tengo un hacha en la mano, tengo que armar mi propia casa. Me voy a partir árboles, hago madera, me pongo a construir. Hice palos, una espada, y un poco de TNT.

Exploté.

¡Eh, hermano!, le tiré al tipo una manzana de oro encantada. El tipo se fue.

Estoy en mi habitación y me cambio para ir a la escuela.

Se había roto el vidrio del aparador, había muchos soldados, indios y un fuerte. Tuvíamos que comprar un vidrio nuevo con la tapa entera. Yo no juego con esos juguetes, pero me gustaron. Mientras los guardaba un vidrio me lastimó la mano.

sin
renglones

sin
renglones

Era tardé, prendí la Play y estaban los soldados y mi mano todavía sangraba...

Agustín Bo

El fin del mundo

Los gritos son cada vez más fuertes, no soporto que griten. Los gritos se clavan en mis oídos y salen como un ruido *ortechisesensorrr*; sí, así suenan los gritos, así de extraños.

Es el fin del mundo, eso es todo, digo yo.

¿Qué hacer? Ya es muy tarde, no se puede volver en el tiempo; gritar tampoco es la solución.

Pienso en el niño que tardó nueve fantásticos años en decirle a Guadalupe que la ama: «Amiga Guadalupe, te debo decir que me tardé nueve años, es muy difícil decir —cerrando los ojos y buscando el mejor final— que te amo».

La solución siempre es la máquina del tiempo.





Ese día empecé a llorar para que el Fin del Mundo sintiera lástima de mí. Entonces me dio cinco minutos más para que empezara a correr.

Ignorar me calma cuando me siento perseguido porque es mejor ignorar a los otros como una paloma que vuela ignorando a todos los perros, personas y ratas. Y así se va ignorando.

Construí una máquina de la mega dimensional que rompe la ley del tiempo y me fui.

Así engañé al tiempo también.

En la nueva dimensión decidí construir un refugio para empezar una nueva ciudad.

Eugenio dos Santos

sin
renglones

Tortuguita¹

Muchas cosas me hacen llorar: mi hermana, siempre; los perros y los gatitos atropellados; el miedo, a veces. Pero siento tristeza cuando veo las tortuguitas bebés porque están en la arena y caminan muy despacito, nadie las ayuda a llegar al mar y me da miedo que un gato pueda arañarles el caparazoncito.

Una vez una tortuguita caminaba despacito al mar, iba última.

Las tortuguitas a veces se pueden volver al mar, después que se las lleva el gato, porque las tortuguitas, yo sé que sí, se pueden escapar de los peligros.

También puede salvarlas una niña llamada Lisa, o a veces vienen ratones y el gato los persigue y las tortuguitas se escapan. Los ratones mueren. Las tortuguitas se salvan.

Lisa Villalonga

¹ Las escrituras de Lisa Villalonga tienen la ayuda en la transcripción de Ignacio Grassia y Luciana Ceridono, quienes resuelven con su letra las palabras que Lisa les dicta cuando ella no puede escribirlas o «inscribe» con dibujos su escritura. Tomamos este término de Derrida, para afirmar el sentido que los trazos y dibujos guardan en los actos de contar.

A Lisa le gusta escribir su nombre sobre lo que escribió. A veces en su nombre está el relato, palabras en proceso de aprender a decir formando las letras de Lisa.





Números

Setenta y ocho pasos quedan hasta el quiosco de la esquina desde el arbolito.

A las seis y media, él vuelve de la escuela y se queda en el quiosco con el primo más grande. Yo lo miro y me quedo parada como una tonta contando las cinco monedas que llevo a la escuela, pero no gasto. Luego, me acerco al quiosco y él me pregunta si voy a comprar algo, entonces cuento hasta diez para animarme, pero... Siete, ocho, nueve... y no me animo. Señalo un turrón y doy la vuelta y corro contando hasta treinta y me quedo parada como los perritos en el medio de la lluvia.

Él tiene tres perros, dos hermanos, una bicicleta, cuatro remeras rojas, una mochila grande, dos ojos marrones. Yo tengo dos perritas, me da vergüenza hablarle, multiplico números largos y cuento los autos, los minutos, y espero todos los días las seis de la tarde.

sin
renglones

sin
renglones

Tres cosas cada tarde a las seis. Contar las monedas en mi mano transpirada, que sean ya las seis de la tarde, y los setenta y ocho pasos desde el arbolito.

Naira Castro

¿Murciélagos o vampiros?

Julia apagó muy tarde la luz, porque tenía miedo. Yo la espiaba abriendo un solo ojo y vi que Julia estaba por llorar.

Debajo de la sábana pensaba y no sabía si decirle que no llorara o que era muy tonta y reírme con mi primo Martín burlándose y diciendo que él por suerte es hombre y que los hombres no lloran por nada.

¿Por qué Julia lloraba? ¿Por qué quería llorar?

Martín decía que cuando te dormís los murciélagos te chupan toda la sangre porque los murciélagos son vampiros disfrazados. Las noches de la granja fueron las mejores de mi vida. El cuarto del altillo es el mejor; los colchones, por viejos, eran como camas saltarinas. De noche con Martín arrastrába-





mos alguno hasta el bosque y desde un árbol nos tirábamos palomita; me encantaba tirarme sobre las hojas que crujían.

Una noche cuando voluíamos del bosque, arrastrando el colchón vimos un vampiro. El silencio es raro en el campo, pero el grito de Julia desde la ventana nos avisó del vampiro. No puedo recordar mucho, pero sé que salté, reboté en un colchón y sentí dos golpes contra la pared. Julia sabía de vampiros y yo también quería verlo. Corrí y corrí, mareada choqué contra un árbol. Casi era de día y tuvieron que ayudarnos a volver, fuimos al hospital y no contamos nada porque nadie nos iba a creer.

Pero yo recuerdo todo, hasta los detalles. Julia no se movió de mi lado, me daba pena verla llorar. Martín no lloraba, pero estaba asustado.

Para semana santa vamos a ir de nuevo a la granja. ¿Los vampiros duermen en otoño?

Julia me mira y me dice en el oído que no pidamos la cama de la ventana.

Candela Villalonga

sin
renglones

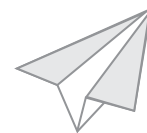
Problemas de bebida

Cuando yo era chiquita, no quería que se acabara la leche chocolatada del jarrito naranja. No quería que me pusieran más, yo solamente no quería que se acabara. A mí me enojaba cuando se acababa cualquier cosa: el jugo, el agua, la Coca. Mi mamá pensaba que tenía un grillo en la cabeza, pero no, lo que tenía en la cabeza era la bebida, cosas líquidas, no se me salían de la cabeza.

Tenía un problema de bebida.

Me mandaron de la escuela a tres psicólogos por llorar: si se acababa la Coca, lloraba; unas gotas de juguito en el fondo de la cajita me hacían saltar las lágrimas.

Tengo cuatro amigas. Son mis mejores amigas, las mejores del mundo porque en el viaje a las cataratas se quedaban conmigo toda la noche a vigilar que nunca se acabara el agua, pero nunca. En el viaje de estudio, conocí las cataratas del Iguazú. No podía dejar de mirarlas... Tenían tanta agua que no iban a acabarse nunca. ¿Y si se acababan? ¿Si nadie las cuidaba ni las iba llenando? Desde que las vi no moví más la cabeza para mirarlas desde todos lados.





Pensaba en los tragos de mi mamá; mi mamá preparaba tragos para fiestas, ella también se preocupaba si se acababan. Y también se preocupaba de que no se terminara mi jugo. Era un problema de bebidas.

Pasé noches sin dormir vigilando las cataratas. Mi mamá me llamó por teléfono y me dijo que había una máquina que hacía que el agua no se terminara nunca.

Los tragos que preparaba mi mamá tampoco se terminaban y me quedé tranquila. Había una máquina.

Ya no tengo el jarrito naranja. Tengo otro que sé que no va a dejar que la bebida se acabe, pero si se acaba ya no me importa mucho.

Me importa poquito.

Delfina de la Vega Escudé

sin
renglones

Invisible²

La vergüenza me viene sola cuando estoy actuando frente a muchas personas, o al ser la que tiene que hablar en el grado porque pienso que a alguien no le va a gustar algo.

En el taller leímos una vez un cuento de gente que podía volverse invisible. Si yo fuera invisible...

Asustaría a la gente, me podría comer la comida que me gusta sin que nadie me viera.

Podría abrir las puertas que mi mamá cierra y sé que se asustaría.

Al ser invisible a nadie le da vergüenza porque nadie te puede ver. Si querés, podés llorar, pero no te dan ganas de

² Las escrituras de Naima Farías tienen la ayuda en la transcripción de Ignacio Grassia y Luciana Ceridono, quienes resuelven con su letra las palabras que Naima les dicta cuando ella no puede escribirlas o inscribe con dibujos su escritura.

Naima generalmente dibuja primero y después escribe. No le gusta ser interrumpida en su proceso de inscripción. Solo recurre a Luciana o Ignacio cuando está segura de haber terminado la historia.





llorar porque nadie te reta porque nadie te ve porque así nada te da vergüenza. También siendo invisible uno puede hacer lo que quiera, salir a escondidas, robarme un auto y viajar lejos.

Naima Farías

El pelo de Tomás

En la peluquería me daba vergüenza. Tomás lloraba a los gritos.

Mi mamá le daba un frasquito a Luisa, que era su peluquera y la de mi abuela. Mis amigas también van a la peluquería, todos hablan de cosas distintas, fuerte, para escucharse. Hay tanto ruido que me parece que nadie entiende a nadie o tal vez no quieran entenderse; política, cosas de la tele, historias personales que a nadie le interesan.

sin
renglones

sin
renglones

Entre todo este ruido, Tomás llora y no quiere sacarse la gorra. Tomás tiene muchas gorras: rojas, verdes, azules, con dibujos, con cuadros, con rayitas.

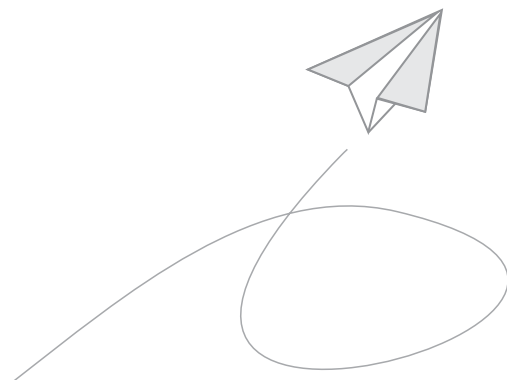
Durante la noche a Tomás le crece el pelo arriba de las orejas (¡ajjj!, ¡asqueroso!). Durante el día va quedándose pelado; es un caso rarísimo, dicen los médicos.

Mi madre creo que está loca. Llamó a un cura, pensó que estaba poseído, o algo así. No es un caso de posesión, dijo el cura.

Llamó a un indio de soluciones mágicas. El indio hablaba en una lengua rara. «Es quichua», decía mi madre, que tampoco entendía. A Tomás se le seguía cayendo el pelo.

El misterio del pelo de Tomás sigue. Los remedios son increíbles. Los peluqueros resolvieron cortarle el pelo para liberarlo de las gorras hasta que la cordura vuelva a mi madre y el pelo, a la cabeza de Tomás.

Felicitas Rotta di Caro





Una apuesta

A la salida de la escuela todos los de séptimo habían juntado las semillas de las mandarinas del recreo largo. Lucio se tuvo que comer una bolsa llena por culpa de una apuesta.

Por supuesto que Lucio se enfermó y tuvieron que llevarlo al hospital. Como Lucio no podía hablar, todos decían que él se había tragado algunas semillas sin querer.

«Te juro que era una apuesta, Jorgelina», le decían a su hermana cuando ella empezaba a llorar por Lucio, que estaba muy enfermo. Decir que se había tragado una bolsa llena de semillas nadie iba a creer.

Cuando a la tarde volvieron al hospital, Lucio tenía árboles chiquitos que le salían de la boca, el ombligo se había hinchado tanto que era una mandarina. En la calle del hospital ya no se podía estacionar: por las ventanas y las puertas, por los pasillos, hasta por los techos salían las ramas.

Los médicos no dejaban pasar a nadie porque no sabían qué decir.

sin
renglones

sin
renglones

Durante la semana a Lucio le fue creciendo, poco a poco, un árbol desde uno de los dientes de adelante. La mandarina del ombligo también crecía, más que el diente.

Cerraron la manzana del hospital: todos sospechaban que la mandarina iba a explotar. Tomaron precauciones, pero la mandarina explotó.

Lucio salió volando, aterrizó en la plaza sin árboles, sin ramas ni mandarina.

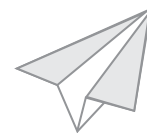
La calle del hospital sigue cerrada porque los científicos estudian el caso y los jardineros sacan las ramas en camiones.

Noé Toscano Caldelari

Páginas amarillas

El abuelo de Micaela leía todo el día la guía de teléfono, sabía los nombres de un montón de gente y sabía dónde vivían.

Me acuerdo un día que yo le pregunté si ella alguna vez había ido a la casa de alguien que no figurara en la guía.





Micaela me contó que su abuelo tenía planos de toda la ciudad y que igual sabía dónde estaban todos.

Un viernes, después de Inglés, ella estaba triste y me dijo que su abuelo estaba enfermo.

—¿De qué? —le pregunté.

—De cosas que se olvida —me dijo.

—¡Qué macana! —dije yo.

Ella me dijo sí con la cabeza y me contó que de lo único que no se olvidaba era de la guía telefónica. Y que ella estaba siempre en su casa para alcanzarle las guías de teléfono.

—Andá a jugar con tu amiga —me decía todos los días mi mamá.

Yo iba a veces y escuchaba a su abuelo como si fuera un televisor que no podía ver, tapado por las pilas de guías que Micaela acomodaba como si fueran escaleras.

El abuelo de lo único que hablaba era de cosas de las guías, porque tenía una pila así de grande. Estaban marcadas con una lapicera y con un felpón. Repetía y repetía las cosas porque se olvidaba y yo me contagiaba, como cuando uno escucha una canción que contagia.

sin
renglones

sin
renglones

¡Basta de leer! ¡Viejo loco! Me estoy convirtiendo en una vieja loca. Mi mamá dice siempre que lea, que es bueno leer, pero no se imagina esta locura.

Voy poco a la casa de González, Micaela, San Lorenzo 234, 4321832. Prefiero quedarme en mi casa.

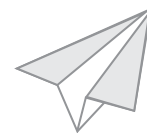
Grignola, Martina, avenida Alem 572, 4230670.

Martina Grignola

Game over

Me había dormido con la Play encendida, me desperté con la mano acalambrada y con frío.

Me pasé las manos por los ojos y me saqué el pelo de la cara. Al ver con claridad me di cuenta de que todavía estaba en mi juego favorito. Por fortuna o desafortunadamente, no sé, ese juego es Guerra de Duendes. No son muchos los que lo juegan; parece un juego de niñas, o de más chicos, por los duendes que siempre están en los cuentos.





Estos duendes parecen tiernos, pero son malvados. Deben hacer competencias y destruir todo; si te ven, te matan. Si vas a oponerte, tenés que ser muy inteligente.

Yo los conozco a todos. A veces juego durante horas; los mato todos los días de las peores maneras.

Tengo mucha experiencia, hice muchas investigaciones, poco a poco fui animándome, con precauciones, hasta saber cómo salir del juego sin ser vista.

Para eso hay que conectarse con otra gente que está jugando, hay que esperar que alguien tome tu personaje. Perdí así a muchos amigos que conocí en Guerra de Duendes.

La estrategia principal es destruir la casa de algún jugador, en ese momento los duendes se agrupan para recibir puntaje y ahí uno se puede salir del juego sin ser visto... aunque lamentando un poco la desaparición del dueño de la casa destruida.

La mano está mejor, lista para entrar o salir... Aunque es sábado, debo ir a la feria de ciencias.

Una sola cosa debo hacer: entrar y salir sin ser vista, apagar la Play y darles un descanso a los duendes. Me pregunto si la Play está de mi lado o del lado de ellos. No importa.

sin
renglones

No fue fácil destruir la casa. El problema estaba y la solución era salir, apagar la Play y que no me vieran o me atraparían para siempre.

Yo sé qué atrae a los duendes: una casa grande, un gran espacio sin dueños.

Busqué entre los jugadores y encontré una casa gigante. Cuando había adentro una cantidad importante de duendes, la gran morada se rodeaba de barras eléctricas. Eso no los dejaría salir y podría escapar.

Lo hice, pero uno de los duendes no cayó en el truco. Estaba ahí esperando a que llegara mi turno en la selección.

Cuando me di cuenta de que era el dueño de la casa que destruí, estaba allí escondido. En ese momento alguien me había seleccionado. Corrí lo más rápido que pude, salí del juego y lo apagué.

Game over. Ya está. La última imagen del juego fue esa mano que vi tratando de destruirme. No era un duende. En los juegos de la vida y de la muerte no se sabe nunca quién es el enemigo.





Sé muy bien, pero no le digo a nadie, que la pantalla parece sólida... no es sólida. Es muy peligrosa.

Lucía Namur

Este amor

No sé cómo será crecer. Todos dicen cosas distintas, y yo estoy creciendo. Ya no me gusta la misma ropa, ni las mismas cosas, pero sigo enamorada de la misma persona.

Habría sido lógico que eso también cambiara. Como sigue igual, trato de acomodar las cosas nuevas y no sé muy bien dónde va esto de estar enamorada hace tanto tiempo.

La verdad no sé qué hacer; ¿será bueno crecer? Ya no me gustan los *jeans* tan ajustados, los cinturones rosas, las vinchas con moños, pero siempre me va a gustar Benjamín. Él es mi amor. Ya tengo diez años, casi, casi once, y a esta historia de amor la viví hace tiempo.

Nueve años tenía cuando conocí a Benjamín. Me enamoré locamente cuando una tardecita vino a verme a mi casa y me

sin
renglones

cantó una canción escrita por él para mí... No era tan buena la canción, pero teníamos nueve años y siempre escuchaba a mi abuela decir «lo que cuenta es la intención».

Contaba más que la intención, contaba Benjamín cantando con la guitarra. Los vasos de leche chocolatada en la mesa y las galletitas en la bolsa cerrada y mi sonrisa y la suya brillante por la ortodondia.

Ese día me invitó a salir; estábamos nerviosos. Fue un día inolvidable: la plaza de la vuelta, los helados de palito y los nueve años.

Hemos crecido. El tiempo me puso otro corte de pelo, zapatillas elegidas por mí, el *jean* de mi hermana mayor, que es hermoso, y anteojos.

Sigo creciendo; él es el mismo. Lo único distinto que tiene es mi amor, que ha cambiado; el resto es igual: mismos gustos, mismo pelo, mismo todo lo que tanto amé una vez... y que sigo amando, creo.

Mientras él no crece, yo sigo cambiando y pensando que a veces el amor también pone distintos caminos en las vidas desaparejas.





Benjamín, Benjamín, que todavía canta canciones hechas por él, y es igual. Aunque pase el tiempo, siempre estará en mi corazón.

Yo ya he crecido y puedo comprender este amor que se quedó en las canciones.

Milena Roibón

If

No sé por dónde empezar; mi vida funciona en base a mis decisiones, sus acontecimientos y mis arrepentimientos.

Si no hubiera estado escribiendo esto, no podría llamar tu atención, no estarías aquí.

Si no estuvieras aquí, me sentiría raro y exiliado. Mi corazón cambiaría.

Si mi corazón cambiara, mi mirada cambiaría.

Si la mirada de todos cambiara, dejarían de ser todos y serían ustedes.

sin
renglones

sin
renglones

Si la mirada de ustedes cambiara, dejarían de ser todos y se olvidarían de lo que escribo.

Porque los escribo a ustedes; así, sin cambiar.

Si me olvidaran, me perdería, porque entre ustedes estoy yo, sin acuerdos, sin cambios, sin querer cambiar.

Si dejara de escribir, dejaría de llamar tu atención, estaría yo en total desacuerdo con los ustedes.

Si estuviera de acuerdo con todos los ustedes, mi forma de escribir ya no te nombraría.

Si dejo de nombrarte, ya no podría escribir.

¿Y si nombrarte es todo lo que quiero?

¿Y si lo único que quiero es llenar el vacío de mi corazón?

Joaquín Flores





As de corazones

Mi atención se desvió hacia una mesa en la que cuatro personas jugaban a los dados. La casa de juego estaba repleta, yo ya me quería ir.

Cuando estaba saliendo la policía me pidió documentos y unos billetes.

¿Qué estaba haciendo en un casino clandestino?

En ese momento —lo recuerdo como si fuera hoy—, una carta, el as de corazones, cayó de algún lado. (Del cielo, pensé). Lo levanté y dije: «Es todo lo que necesito». Conté lo que tenía en los bolsillos —unos cuantos pesos— y volví a entrar.

Esa noche lo di todo. Iba ganando hasta que los pensamientos me traicionaron y dejé de divertirme.

Miré entonces la mesa de las cuatro personas que jugaban a los dados y me vi sentado, vestido de oficina, con anteojos y corbata apostando fuerte sin ganas de volver a mi vida.

Perdí todo. Me vi tirado en la entrada del lugar, me vi en la silla negra de la oficina, vi el as de corazones y escuché el

sin
renglones

sin
renglones

ruido de los dados. Vomité el alcohol. Qué vida tan vacía la mía. Andar en las noches buscando un corazón en una carta.

Juana Ganem

Para irme

Mis manos se hicieron alas, las alas se hicieron cenizas y las cenizas aves y pude usar las manos como alas, las alas como cadenas, las cadenas como raíces, las raíces como fantasmas, los fantasmas como exigencias, las exigencias como pulmón, el pulmón como soga, la soga como corbata, la corbata como salvación, la salvación como muerte, la muerte como olvido.

Tomé la llave y abrí la puerta.

Ignacio Ibarra Cárdenas

78





Recuerdos ahogados

Cuando el tiempo pasa hay momentos que se quedan para siempre grabados en la mente, en el alma, en el corazón... No sé dónde, pero se quedan.

Momentos buenos y malos son igual de inolvidables, no se puede elegir sacarlos de la cabeza, ni de ningún lado, porque no se puede.

Los momentos se transforman en recuerdos y la tristeza inolvidable le gana a una alegría olvidable.

Día, tiempo, clima, hora, olores. Parece distinto todo. Me pierdo por recordar. Recuerdo.

Sigo perdida... parece distinto todo.

Era 28 de mayo, era sábado, era otoño, era lindo y estaba lloviendo. La clase de natación empezó en punto. Sonó el silbato del profesor y entonces lo vi.

Estaba en el agua con mis recuerdos, con mis cosas inolvidables y la misma mirada. Me miró y se hundió por un rato.

sin
renglones

sin
renglones

No esperé a que saliera, no quería tener que asistir a tantas partes de mí que se ahogaban en el fondo de la pileta
Sigo perdida. Algunas habrán sobrevivido.

Lucía Juárez Rodríguez

Viaje

No sé porque dicen eso, pero me hace sentir mal.

Me gusta el mar. Me gusta tanto... Me parece que nada me gusta más que el mar, el mar tanto me gusta, me parece el mar tanto cuando está atardeciendo, cuando estoy sola. Yo y el mar. Tanto me gusta. Escucho, siento el sonido de su voz, de vez en cuando salta un pez. Me gusta.

No tengo muchos amigos. Soy rara, dicen; que puedo volverme loca, dicen.

El pelo todavía no me crece del todo. Hace un año ya.

Para mi cumpleaños me regalaron el mar, un viaje en barco, esperé mucho por este regalo. En hospitales, en salas de espera, entrar y salir como las olas y por fin el mar y el viaje.





Estoy emocionada, pongo en la valija casi todas mis cosas. El atardecer debe ser mucho más lindo en medio del mar.

Uno nunca sabe cuando la vida va a perder el rumbo o el tiempo, pero eso no me preocupa porque me encanta el mar, los barcos y las brújulas que ayudan a que nadie se pierda.

El capitán se llama Raúl. Me saluda, me cae bien, me parece raro, como yo. Trabaja de día y de noche no sé cuándo duerme.

Viajo tranquila sobre el mar, con brújula para encontrar cosas y con Raúl que cuida del viaje. No tengo nada que temer. Amo el mar.

Mora Toscano Caldelari

sin
renglones

sin
renglones

Ellos

Ya amanecí.
Ellos también.
Discuten.
Gritan.
No entiendo.
Cada vez es peor.
Sigo sin entender.
Más gritan.
Me confunden.
Todos se confunden.
Agosto trae discusiones.
Como también mi mal humor.
Ya terminaron.
Ya me tranquilicé.
Me harté, *ellos también.*
Salí a caminar.
Me siguieron.
Salí en pijamas.





PARECE QUE ASÍ NO SE PUEDE SALIR A LA CALLE.

Me gritaban «¡Volvé, volvé!».

Seguí caminando.

Parece que no se cansan de gritar.

Yo si me harté de que me griten.

¡Agosto, terminá YA!

Me tropecé.

Me caí.

Me levanté.

Seguí.

Caminando.

Ellos siguen detrás de mí.

Me voy con ellos.

Tengo amigos que discuten demasiado.

Luciana Ceridono

sin
renglones

sin
renglones

Indivi/dualides

Maleable era el día y fundible la noche; repiqueteo se oía en el lugar, remanentes quedaron después de la tormenta (hay viento en el polvo).

—No quedó nada —dijo el viento.

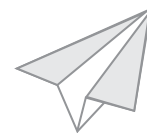
—Y no quedará nada —dijo la brisa.

El yermo se inundó de vientos dolientes. De a poco la tormenta regresó, convirtiendo en vano los pocos restos de individualidad. Los escombros se fueron, los caminos se fueron.

Ignacio Billone

Efectos especiales

Estos días estuve pensando mucho en el bicentenario. El 9 de julio ya pasó, pero todavía no me puedo olvidar de él.





Faltaba una semana para el gran día. Yo estaba con mi amiga controlando, como lo hacemos a menudo, nuestras redes sociales.

«“Bicentenario 2016” te ha enviado una solicitud de amistad».

No la acepté porque el bicentenario me aburría.

En ese mismísimo instante mi celular voló por los aires despidiendo humo de colores.

Intentaba pensar que todo era absolutamente normal, que no tenía que tener miedo.

Del humo de colores empezó a brotar, vestido de celeste y blanco, él.

«Soy el fantasma de la memoria. Hace mucho que espero que una chiquita ignorante le muestre al mundo quien soy».

Mientras terminaba de digerir lo que acababa de ver, el fantasma se esfumó en una nube de papeles picados y alfeñiques que volaban como proyectiles.

¿Cómo podría yo hacer interesante eso? ¡Necesito el director de efectos especiales de ese fantasma!

Lucía Namur

sin
renglones

El secreto

Mi amigo tiene un oscuro secreto, todos tenemos un oscuro secreto, como la gente que cuando se enamora hace cosas raras como comer, tejer, leer libros, escribir y ¡hasta hacer un hijo! Yo también tengo secretos, como los que guardo con mi tío, que me presta una computadora para jugar toda la noche y todo el día.

Me levanto de la cama y me visto para ir a la casa de un amigo. El día parece normal. Jugamos y vamos a la escuela.

Estábamos en el recreo y una de sus mujeres lo llamó. Él la siguió. Se fueron a un lugar oculto de la escuela.

Empezábamos a extrañarlo. Les conté a los chicos sobre el secuestro de mi amigo, nos separamos para buscarlo, todos lo buscábamos. El recreo ya casi terminaba. Decidimos esperar en la puerta para ver qué pasaba.

Volvió sin decir nada.

Terminó el día de escuela.

Me levanto de la cama y me visto para ir a la casa de un amigo. El día ya no me parece normal.





Llego a la casa de mi amigo, lo pongo contra la pared y le pregunto cuál es su secreto, pero tanto, tanto lo empujo que la pared se lo traga.

Armo una mochila con granadas, ametralladoras, lanzamisiles, escopetas, cuchillos, misiles —para el lanzamisiles—, lanzallamas, rifles, balines, hachas, arcos y flechas y un machete que apenas puedo hacer entrar. Atravieso la pared.

De tanto lío que hizo mi amigo para aparecer (él y su secreto), me enojo. Lo interrogo.

Nunca me enteraré de su secreto de amor.

Agustín Bo

Fiebre

Había muchas cosas porque tenía fiebre.

Monogollos y pollos.

Monángel y un ángel.

Gente y su cabello, palomas, perros y monerros, patas, monatas, mongallinas y gallinas.

sin
renglones

sin
renglones

No sé dónde había esas cosas, pero tenía frío en los planetas de dibujos y elefantes.

Quería collares y felpones, mares, tucanes, sol.

Quería que parara el viento y los corazones, los ratones, los anillos de boda.

Cuando pasó la fiebre me trajeron océanos, capas y hojas de colores.

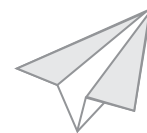
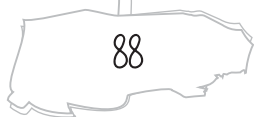
Sofía Márquez Sánchez

Cosas contentas

En el mundo hay cosas contentas y cosas tristes. Nadie puede saber cuándo una cosa contenta se vuelve triste, como por ejemplo ir al parque y caerse en el parque.

Algunas cosas pueden ser de las dos formas, así que hay que tener cuidado porque si las cosas se transforman pueden cambiar lo que estaba pasando.

Es muy importante que existan cosas contentas y tristes porque si no nunca podríamos saber qué sentimos.





A mí me gusta más estar contenta pero las cosas tristes son las que hacen que existan las otras.

Cuando las cosas tristes pasan es porque vienen las contentas.

Naima Farías

La risa

Las personas tienen dos emociones. Tienen muchas, pero las dos emociones más fuertes son la alegría y la tristeza.

El trabajo de la alegría no es solamente hacer reír, como si fuera un bufón. Si todo fuera alegría, o siempre fuéramos reyes con bufones, no podríamos entender desde donde aparecen otros sentimientos, que parecen alegres, pero también se terminan.

Por suerte, ninguna emoción es mejor que la otra. No es un concurso: es encontrar una medida para vivir.

No se puede vivir siempre riendo, nadie puede soportar para siempre un baile de bufones. Está la tristeza, que es lo

sin
renglones

sin
renglones

que hace que pensemos en lo que nos pasa y lo que les pasa a los otros cuando no todo es alegría.

Había una vez unos bufones que se enamoraban de los hombres tristes. Los buscaban hasta encontrarlos porque era la única forma de tener alegría.

Había otra vez, muchas veces, reyes que solo pedían la risa a los bufones.

Había otra vez reyes que se reían mucho... muy tristes porque no conocían la tristeza.

Naira Castro

El fuego del poema

La quieta estatua, a la sombra, sostiene la hoja del libro. Es de luz, lo envuelve la soledad y la paciencia, se aferra a la tinta. Las sillas no le sirven, menos la billetera o una pinza. Los estantes rotos, y la cortina que tapa la pureza. Como el sol en la eternidad, golpeando el ladrillo, el concreto del aire, sobrándole salud al diario de su hebilla. Al boleto lo rompe





y saca de la vista la tecla del tiempo, movimiento audaz de corriente, frenético, las olas destruyen la línea, procurando que el afiche de juventud quede intacto en su espera. El momento de esperanza. Una lapicera para escribir una urbe de rascacielos donde los pájaros pasean sus ojos. Le crecen las alas. El sonido de la bandera, nada más parecido a la letra, corta un cable y con él hace un trazo en el aire y pide piedad. En la electricidad del viento, en las ventanas, en el cristal del canto, molesta el zumbido de alarma, el pañuelo quemado, y el orden de una mano, con el golpe del perfume, asfixia la tarea. Empieza el juego: el brillo, la chispa, el salto del agua al vacío en la espuma del cielo, la pérdida de un escape directo por la puerta, hacer escalar hasta la cima de la nieve junto al fuego del poema y la instrucción de la calle. La lluvia es un reflejo de esa pelea, de la ausencia de una firma que compromete como del anillo al arco encendido. Así el flujo de las cosas corre hacia el final de la lista.

Ignacio Grassia

sin
renglones

Sin limitaciones

Dicen que todo viaje enriquece el alma, que se comienza en lo desconocido y que terminamos por conocernos más.

A Mercedes, una chica joven, bien educada y tranquila, le pareció razón suficiente escaparse de su cotidianidad poco agradable para emprender su propio viaje.

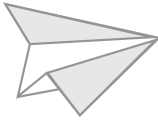
Pero sabía que sola no se iría. Marcos era su nombre, un compañero de años de locuras y arrebatos; eran primos.

Viajaron y conocieron mucho, a veces sin dormir, siempre sin limitaciones. De norte a sur recorrieron lugares hermosos hasta que, en la séptima noche de su viaje, en la placita central de un pueblo, pasó.

La armonía se mantuvo un buen rato, con la multitud de gente alegre y muchas luces que aclaraban el lugar. De un momento a otro las personas empezaron a irse, extrañamente, sin asombrarse.

Marcos y Mercedes se tomaron de las manos para no perderse, pero aun así se separaron. Los ojos de ella empezaron a buscarlo. Él caminaba sin pensar, desaparecía entre la multitud. Largos minutos después todos se habían ido. Mercedes





logró que sus pies dejaran de caminar y, atrás de ella, estaba él.

Marcos tenía una mirada diferente. Mercedes no sabía si sentirse alegre por haberlo encontrado o preocuparse por su mirada perdida.

Marcos le dio la mochila.

Mercedes, antes de volver a levantar la vista, ya estaba rodeada de patrulleros.

Marcos, desaparecido.

Mercedes, sin respuestas.

Mercedes, en la cárcel, se siente verdaderamente segura y mucho más confundida que al comienzo de este viaje.

Lucía Grassia

María

Fabricio estaba muy feliz, su alma estaba muy florida. Odiaba ser petiso.

sin
renglones

sin
renglones

Una mañana llegó a la escuela, entró al aula de quinto y encontró a María:

—Soy de Uruguay —dijo ella.

Era alta y muy hermosa.

Parados al lado, sentía galopar su corazón.

Fabricio se animó a decir que le gustaba mucho.

Ella lo miró y le dijo que no le gustaba nadie.

De la vergüenza Fabricio dejó de ir a la escuela, se quedaba dormido todas las mañanas.

Se despertaba y se encontraba en otro sueño, en Uruguay, donde había muchas Marías que lo trataban como a un rey. Se levantaba y se metía a otro sueño lleno de mensajes que decían: «No vayas a la escuela».

Por María, dejó muchas cosas: dejó de hacer deportes, de ir a las fiestas de los viernes... era petiso.

Necesitaba pensar en algo. Encontró a María a la salida.

—Soy petiso —le dijo con voz fuerte—, ya no me gustás tanto.





—Me gustás un poco, has crecido.
Fabricio se rió, pero cuidó que ella no lo viera. «Me pasé a otro sueño», pensó y caminó por el pasillo largo. Había crecido.

Noé Toscano Caldelari

Solo letras

Solo quiero escribir letras con lápices rojos: A T SDI
ZXLJEFrkueRhfñpmTLISAlisaqqq. No quiero hacer nada, solo
letras y mi nombre, y eso que ya sé un montón de palabras.

Y es por Bauti, todo por Bauti.

Él todos los días me daba un abrazo y un caramelo. A veces
cuando estábamos por salir del jardín jugábamos a cualquier
cosa, solos los dos. Bauti ganaba siempre, y yo aplaudía contenta.

Una vez estaba por ganar yo y me caí. No gané.

Me lastimé las dos rodillas; él no me ayudó.

Ese fue un día triste.

Lisa Villalonga

sin
renglones

El nombre

«Nada más, Su Señoría, nada más ni nada menos porque hoy no cumplo su sentencia, cumplo mi sentencia, mi sentencia de muerte». El hombre se alejó lentamente. Hubo un silencio que perduró, aun por encima del disparo. La custodia corrió. El hombre ya estaba muerto. Empezó entonces un sollozo que se convirtió en llanto y luego en gritos que subieron hasta el décimo piso del edificio de Tribunales. La policía sacó a la mujer de la sala y colocó una cinta en el lugar.

La mujer del muerto salió volviendo otra vez entre sollozos y gritos, y fue custodiada hasta la enfermería.

Otra mujer, más joven, excesivamente rubia, excesivamente alta, excesivamente pálida, excesivamente excesiva, estaba parada al final de la escalera.

Nadie parecía verla. Subió despacio los escalones y cruzó la cinta, se acercó al cuerpo que estaba boca abajo al costado de la sala. Sacó un papel del bolso y escribió en él con el lápiz labial.

Salió cruzando la cinta y desapareció.





Durante la investigación el detective Funes encontró entre los bancos un papel escrito con lápiz labial: Me llamaba Manuela.

Sada Abate Rospide

El papel

Hace unos cuantos años, días más, días menos, Mariela fue a ordenar su habitación y encontró un papel.

Un papel raro, con instrucciones.

Mariela leyó en voz alta: «El que encuentre este papel deberá escribir sus más profundos secretos durante diez años».

Una orden, sin amenaza ni promesa.

«Recién entonces podrá deshacerse de él —seguía diciendo el papel—, deberá ser vendido a una persona miserable, a alguien que quiera comprar cosas que no se pueden comprar ni vender».

Mariela hizo las cuentas: si ella tenía doce años, podría liberarse... ¡a los veintidós!

sin
renglones

sin
renglones

Mariela escribió sus amores, odios, sus fracasos y triunfos, trampas, sorpresas, tristezas... Todo.

Escribió las cosas más difíciles, las más humillantes y las más hermosas hasta los veintidós.

Cuando cumplió veintidós estaba trastornada, ya casi era una escritora. No había hecho nada más que escribir en ese condenado papel durante diez años.

Escribir tanta realidad había sido raro. Salió a la plaza y empezó a caminar, a encontrarse con la gente y preguntar.

—¿Tiene un alma miserable?

—¿Quiere comprar un papel? Es barato.

Y así todo el día.

Vio un hombre sentado en un banco. Se veía triste, solo. Mariela se acercó:

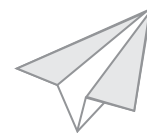
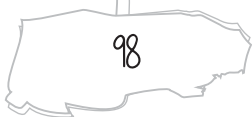
—¿Tiene un alma miserable? —preguntó casi sin esperanza (a la gente no le gusta andar diciéndole a cualquiera lo miserable que es su alma).

—¿Tiene un alma miserable? —repitió casi yéndose.

—Podría decirse que sí —respondió el hombre aflojándose la corbata.

—Entonces le vendo un papel; barato, es muy barato.

—¿Qué hace?





—Eh... concede deseos, hace que... es barato.

—Lo compro.

Mariela se lo dio y salió corriendo, pensando en la libertad.

Antes de cruzar la calle se dio vuelta a mirar al hombre.

El hombre leía el papel, sacaba una lapicera.

Mariela buscaba un papel, sacaba una lapicera.

Tiziana Medina

Deseos

Cuando Josefina se mudó de casa, en la casa nueva había una enredadera que trepaba la pared y el balcón. Las ramas eran gruesas y las hojas brillantes. La enredadera crecía como una escalera, pero nadie se animaba a subir.

Cuando las ramas llegaron hasta el cuarto de Josefina, una noche, ella oyó una voz que decía: «Nunca cortes estas hojas, vienen de un lugar mágico y pueden concederte todos tus deseos».

sin
renglones

sin
renglones

Josefina se asustó mucho, pero lo anotó para recordarlo y para estar segura de que no estaba soñando.

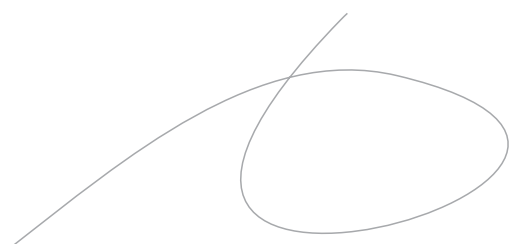
A la mañana le contó todo a su mamá y su mamá preocupada le dijo que no se acercara más a la planta y que el martes vendrían a sacarla.

Los martes, Josefina dormía hasta más tarde porque tenía natación. Ese martes decidió no ir, su mamá había salido y pensando en la enredadera corrió hasta el jardín. Buscó una bolsita y recolectó las hojas que pudo, verdes, perfumadas, brillosas.

Guardó la bolsita y a veces sacaba algunas hojas, las miraba y pensaba en todos los deseos de sus cumpleaños. Faltaban tres semanas para cumplir años otra vez. Cada hojita que tocaba era un deseo que ya había pedido y algunas veces uno nuevo para el nuevo cumpleaños.

No eran cosas comunes: algunas sí, pero había, por ejemplo, un arco iris, un helado más grande que un edificio de veinte pisos, una jirafa floreada, un meteorito de colores. Solamente tenía que esperar el día de soplar las velas.

Julia Figueroa Borigen





El mundo violeta

Los días de lluvia son problemáticos. Yo uso anteojos. Mis anteojos son violetas y además tengo rulos, muchos, muchos rulos, y los días de lluvia se vuelven peligrosos. No se pueden peinar, se levantan y de cada rulo parece que aparecieran siete más.

Cuando llueve y se mojan los anteojos todo se pone violeta y no puedo ver otros colores.

Palomas violetas, monedas violetas, caras violetas, tristezas y alegrías violetas.

Piso charquitos y miro cómo corre la gente violeta. Los días de lluvia son días violetas.

Si llueve muchos días y el mundo es violeta mucho tiempo, tengo que dormir hasta que salga el sol para ver todos los colores. El mundo de un solo color no me gusta.

Algunas cosas quedan violetas: mis anteojos, la alegría y una vincha que me pongo después de peinarme los rulos que vuelven a ser lindos después de la lluvia.

Sofía Márquez Sánchez

sin
renglones

Ángela

Pasaba las noches en vela abriendo caminos, rompiendo sus mitos, guiado por el silencio. Esa noche de invierno se levantó de su cama. Hacía calor, aunque la calefacción estaba apagada; siempre tuvo miedo de asfixiarse por una fuga de gas. La ventana abierta, llovía.

Silencio. Silencios que aparecen después de una catástrofe, de una explosión incontrolable, después de algún final.

Fue al living en calzoncillos. La puerta deslizante que daba al balcón estaba abierta.

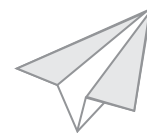
Silencio de las noches en que Ángela no estaba. Se vistió.

Ángela se había llevado mucho más que la ropa que le correspondía, se había llevado mucho más que sus tazas y sus pinceles.

Salió. Ángela se había llevado mucho más que los libros y los cuadros.

Cruzó la calle. Echó su cuerpo hacia la tienda para protegerse de la lluvia. El vidrio helado le daba escalofrío.

«Ya nunca me verás como me vieras, *recostao* en la vidriera, esperándote».





Ángela se había llevado mucho más que las plantas y las cortinas. Se lo había llevado y todavía la buscaba, necesitaba encontrarla. Caminó hasta la esquina. Ángela en la lluvia sin llevárselo del todo.

Ignacio Grassia

Ángulos

Los rumores del mundo son esa cosa insoportable que no se siente ni se toca, simplemente están. Suenan y destruyen. Los rumores del mundo son confusos siempre, confunden una inquietud con un dolor. Sin calma ni esperanza. Va y viene la gente arrastrando rumores, propios, ajenos, prestados, robados.

Después de todo, ¿qué es el mundo? Tener la sensación de que es un asco. Los rumores que lo definen suenan mal. Uno quiere saber lo que dicen.

Te esforzás mucho en encontrar la sensación de otro, ver cómo sería el mundo y sus rumores desde el ángulo de otro.

sin
renglones

sin
renglones

Sería distinto. ¿Y los rumores? Los rumores que nunca se dejan oír bien y te preguntás qué dicen de vos. Y no te importa, ya sabés como te ves vos a vos mismo. Y los rumores siempre serán rumores.

Nicolás Ganem

Un caso interesante

Despertó, estaba alterada, solo recordaba a su madre desangrándose en la cama. Desesperadamente intentaba averiguar dónde estaba.

No sentía la pierna. Lloraba, intentaba calmarse.

En su cabeza presionaba la imagen de su madre, cómo la sangre lentamente iba cayendo por las sábanas holandesas, tan caras. El cuerpo abierto de arriba a abajo.

Intentaba caminar, calmarse. La luz le desgarraba los ojos desde esa pequeña abertura que arrojaba la puerta.

El hombre vestido de azul terminó de abrir la puerta de acero, dejó la comida y se fue.





El mismo plato. Una mano como una garra con un anillo de oro. La mano y el anillo de su madre.

Gritar fuerte. Entra la mujer de las agujas. Dos hombres la sostienen.

«Con cuidado», dice siempre la mujer de las agujas. No es violenta. Es un caso interesante.

Le gustaba oír eso: «Con cuidado, con cuidado»...

La mujer la miraba. «Con cuidado», repetía, con cuidado y la miraba.

Florencia Silva

Cartas

Todos los días a la misma hora el anciano camina hacia la plaza, se acerca a la fuente de aguas luminosas y se encuentra con ella.

Ella, la que llena de alegría su vida y no lo sabe. No sabe su nombre.

sin
renglones

sin
renglones

El anciano le escribe cartas todos los días. Empezó a escribirle una tardecita de marzo hace unos años.

Ella no habla, no puede hablar. Cuando llueve no está.

Él escribe sobre el banco y le deja la carta antes de irse.

Ella no lo mira, no puede. El sol la vuelve más blanca.

Antes de la noche el anciano deja la carta a sus pies. Ella hace una reverencia, diferente a la de los chicos que dejan monedas.

Vuelve a quedarse quieta.

Cuando llueve no está.

Sada Abate Rospide

Tres secretos

Una sola cosa le importaba del internado: sus secretos. Para ser más precisos los tres secretos, esos que descubrió sin ayuda, que nunca reveló y de los que pudo escapar aún sin quererlo.





Le gustaba el internado cuando comenzaba el invierno. Tal vez porque durante el invierno, en las noches heladas, había descubierto el primer secreto.

Estaba allí desde que había nacido. Vivió ese destino con la osadía de los valientes, lo caminó durante años y aprendió cómo volver a ella misma siempre. El primer secreto no se lo dice uno a los demás.

Era también invierno, una tarde fría, cuando descubrió el segundo secreto. Dolió tanto que lo aprendido no la dejó volver a ella misma. El segundo secreto uno no se lo dice a sí mismo.

No era feliz, no creía que ninguna persona lo fuese. Era verano cuando descubrió el tercer secreto. Pero de eso no se habla jamás. Es un secreto.

Eugenia García Sacco

sin
renglones

Mantra

Los mantras se usan para muchas cosas, yo los uso cuando tengo miedo.

A mí me da miedo enojarme. Me enojo mucho por las injusticias y quiero enfrentarme a pelear cuando me dañan o dañan a otros o entristecen.

Hay injusticias muy grandes.

La muerte es siempre el final. Yo uso esa idea, de final.

Inventé este mantra para cuando estoy asustado por las injusticias. Lo uso mucho porque las injusticias son muchas. Lo uso mucho pero no lo digo... Sería bueno decirlo algunas veces.

Las injusticias duelen mucho.

«Yo ya estoy muerto y nada me hace daño. Yo ya estoy muerto y nada me hace daño. Yo ya estoy muerto y nada me hace daño. Yo ya estoy muerto y nada me hace daño».

Noé Toscano Caldelari





Insomnio

Al revolver cada mañana en los recuerdos, repetía el recorrido atormentado, más de sensaciones que de planes para llegar a una habitación donde ella estaría esperándolo.

Las vueltas de la vida no quisieron que encontrara el sitio. Los problemas de insomnio de un escritor que anda vagabundo por ciudades, sin monedas, con vidas de otras personas pidiendo que no lo reconozca esa multitud de gente que había escrito lo enloquecían y no lo dejaban dormir.

A veces por las noches, los personajes venían en peregrinación hasta su cama. No lo dejaban dormir. A la mañana la buscaba a ella. Pero nunca se destacó entre sus libros. Nunca fue ni una línea. Nunca la pudo encontrar.

Juana Ganem

sin
renglones

sin
renglones

Contradicción de amor

Esta contradicción de amor solo podrá superarse por parte, este es el mayor de los desafíos. Se va a convertir en mi vida en un criticado acto de salud mental.

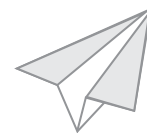
No ha sido fácil cumplir las tareas de amor por todos los problemas de ausencia.

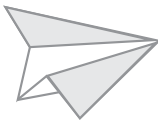
Los días son parte del tiempo, el olvido parte de los días, el recuerdo también.

El amor no es parte de nada. Es el problema, la contradicción, la ausencia, el tiempo el olvido y los días.

Nada. Solo por parte.

Lucía Juárez Rodríguez





En las noches no hay faroles

En las noches no hay faroles.

Estaba cansada y pudo al fin comer. Cansada de caminar por las calles de piedra. Repetía «Reconoceme entre la multitud, reconoceme entre la multitud».

Recorría la ciudad asustada, estaba atenta: «reconoceme entre la multitud».

Todo ocurría durante el día. En las noches todo era muy oscuro.

«¡Coqueta!», decían las enfermeras y ella daba vueltas por el patio recorriendo la ciudad de día. De noche no había faroles.

«¡Coqueta!». Se reía y daba vueltas: «Reconocerme entre la multitud».

Se termina el día y de noche no hay faroles.

Mora Toscano Caldelari

sin
renglones

sin
renglones

Teatro

- 1) El espectador siente un sonido omnipresente.
- 2) El actor es reconocido por su contribución a la música.
- 3) El sonido abre el campo visual.
- 4) Una escena de amor intenso surge en la atmósfera.
- 5) Cambia el ambiente entre el escenario y la última fila.
- 6) El espectador ve un movimiento vertical.
- 7) El actor es una máquina de imágenes horizontales.
- 8) El espacio abre información a los sentidos.
- 9) Los sentidos vienen y van desde todas las direcciones.
- 10) Telón.

Eugenia García Sacco





La hora

Los días eran imposibles en aquella casa. A cada momento los gritos inundaban los cuartos y los vidrios rotos caminaban sin prisa por el suelo de la cocina. Ella escapó sin que la viera, por la tarde, mientras dormía la siesta. Se fue sin otra cosa que las llaves y una bombacha. Se refugió en callejones y debajo del puente hasta que dio con su vieja casa. No se habían mudado muy lejos, pero, aun así, ese sería el último lugar donde la buscaría. Al entrar, esa casa le pareció una calesita. Una oxidada y descuidada estructura: le faltaba el techo y estaba toda mojada. Las escaleras, sin embargo, guardaron silencio mientras ella subía. Entró al cuarto que fue de sus padres, ahora muertos, y se dirigió hasta el ropero. Aún estaba allí. La sacó, tomó un pañuelo verde y la pulió. Brillaba como la última vez. Se la puso en los pantalones y se fue de la casa. Caminaba más tranquila, sin golpear muy fuerte el piso, aunque sí con prisa. Estaba ansiosa, no veía la hora de hacerlo. Por la frente le corría un sudor helado, lleno de expectativa. Bordeaba el moretón de su ojo y alcanzaba el pecho terminando por perderse en el escote. Pasó el puente

sin
renglones

sin
renglones

sin detenerse, y ni siquiera vio los callejones. Eso sí, compró en el bazar del centro un jarrón blanco con una flor sencilla fileteada en él. Al llegar a su casa, lo buscó. Seguía en la cama. No se molestó en despertarlo y disparó. Movi6 el cuerpo envuelto en las sábanas con gran dificultad y lo dejó en la piedad de huéspedes. Cortó lilas del jardín trasero y las puso en el jarrón. Lo colocó en medio de la mesa del comedor, mientras se sentaba, en medio del silencio de la casa. Los días iban a ser más llevaderos.

Ignacio Grassia

Nada

Nunca voy a encontrar a la persona ideal. Siempre que veo a alguien que me interesa ya anda con una. A lo mejor lo mío no son las personas. Pero hasta los animales me rehúyen. Quizás las cosas me van a querer. Sí, las cosas. Estoy





desesperada por encontrar a mi ideal. En fin, no es fácil ser una sombra sin cuerpo.

Escrito encontrado en la pizzería Mármol, del Tano Santino.

Ignacio Billone

Lo justo

Es algo tan irónico la idea de la mala suerte como irónica la mala suerte de tener ideas sobre ella. Pocas cosas en la vida son tan tontas como creer que no existe, o existir pensando que es injusto.

Es muy justa la mala suerte: las ideas de justicia vienen de ella. Parte de la vida como el aire, nadie se da cuenta y la desafían inútilmente. Las personas nunca quieren morir.

Nicolás Ganem

sin
renglones

Solo algunos

Rayos nublados por el propio sol, los pájaros en la noble imaginación lloraban sangre de alegría.

Hojas sin impulso para despegar. Sonrisas filtradas por un denso silencio. Conversaciones encerradas en murallas de hielo, canciones desvanecidas en el aire. Primavera sin amor. Momentos sin su toque. Todo volcado sobre un caldero del cual un remolino emerge y desordena ideas humanas que pudieron ser saltos en el ojo curioso.

El fuego apaga los destellos falsos del éxito. Sopla palabras. Deja bocas secas. Crea nubes acosadoras. Deja al culpable, solo lo conocen algunos: aquellos cuya felicidad cuelgan del hilo.

El hilo que nos hace imperfectos pero buscadores.

Ignacio Ibarra Cárdenas





Ausencia

Hay sensaciones grandes, de sentir que todo está mal. Esperar a alguien horas y horas y que no llegue. Volver con un nudo en la panza, que camina por el cuerpo recordando cuánto duele. Se va al corazón y lo hace palpitar tanto que la sangre baila y quiere escaparse de las venas.

No existe el abandono, existe la sensación. No llegó, no vino, no está, no es. El corazón late, los latidos ponen a pensar al cerebro. Pensar... no vino.

Sada Abate Rospide

Tormento

Una tormenta de basura le cayó encima. No podía respirar y supo que la tormenta se quedaría encima por mucho tiempo, tal vez para siempre.

sin
renglones

sin
renglones

Nada tenía que ver con todos los paraguas que había abierto en lugares cerrados, no era consecuencia de los malos presagios.

Había pasado el amor por delante como pasa un gato negro en una calle oscura. No se distingue bien, pero la tragedia ya estaba en su vida.

Tomó un poco de sal y esperó que pasara el caracol que bajaba de la tapia.

Esperó y soltó encima de él el puñado de sal igual que la vida le había soltado la basura que atormenta, que atormenta.

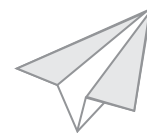
Juana Ganem

Todo bien

Se me cayó la sal. «¡Atrás, tirala para atrás!», me decían gritando. ¿Mala suerte? No. No creo en esas cosas.

¿Esquivar las escaleras? ¡Tanta mala suerte no hay!

¿Romper un espejo? Eso sí que es grave, parece. Se vienen siete años de cosas terribles.





¿Y los gatos? Son lindos y más lindos si son negros. ¿Cómo es eso de ahuyentarlos, esquivarlos, gritarles?... ¡Pobres gatos!

De las mariposas podría decir unas cuantas cosas. Se pegan a las paredes, esas grandes y negras a las que todos les tienen espanto y con la escoba al aire gritan «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!».

Nada me parece grave en cuanto a los anuncios de mala suerte.

Para mí lo importante es el amor. No creo en la suerte anunciada por las cosas. Pienso en eso y todo bien... deshojo margaritas. Tiro las que me tocan poquito y nada.

Luciana Ceridono

El vaso

Cuenta la historia que hay un vaso de madera maldito. Una vez me encontró; me había encontrado tirado en una despensa del sur. Desde entonces me han llegado veinticinco

sin
renglones

sin
renglones

amenazas de muerte, cinco cuentas que pagar y siete entrevistas de trabajo al pedo. Las manos que lo tocan sabrán que todo será en vano.

Se dice que el nigromante que lo encantó fue molido a palos en un desierto luego de ser encontrado culpable de robar una moneda, y desde entonces ha ido pasando de mano en mano a través de los siglos. Desde un pobre y heroico náufrago, pasando por las manos de un turista en Hiroshima, las manos de un poderoso. ¿Quién estará ahora bebiendo en sus maldiciones?

Ignacio Billone

Mala suerte

A todo el mundo se le acaba la suerte de vez en cuando, la buena y mala, sobre todo la buena.

Cuando la mala suerte llega, se queda, le gusta quedarse y tiempos largos. Y hacemos sentir que cae sobre nosotros como un techo pesado.





Si tomáramos un té de amaneceres lluviosos, empezáramos el día con un fuerte mareo, la cara desfigurada por el enojo y la decepción, todos se enterarían que llegó la mala suerte a nuestra vida.

Es tan eficiente la mala suerte que trae días en que nos permite olvidarla y todo parece mejor, hermoso y mágico. Creemos entonces que nos salvamos de situaciones horribles, del eterno nudo en la garganta, del corazón helado. Nos creemos a salvo, pero no es así: estamos atrapados de la sonrisa perversa con que nos espera apoyada en la puerta de la vida para regalarnos el escalofrío que nos recorre el cuerpo completo.

Mora Toscano Caldelari

Signos

Apareció por ese tiempo un cometa. Largos y penosos debieron ser estos años de construir nuevas imágenes de sí mismo.

sin
renglones

sin
renglones

Pero muchos escritores deciden convertir su infierno en un material de trabajo.

Le delegó a su mujer los rituales de la vida: ella se encargaba de organizar los astros, poner todo en orden para asegurar su memoria visual.

La fórmula de la organización fue suficiente.

Se desprendió de su corazón como de un recuerdo sin importancia.

Vació por completo la pasión, la libertad que incendiaba y volvió a nacer sin signos.

Los días pasaban iguales. Sus libros fueron un éxito.

Su mujer esperaba el regreso del cometa.

Florencia Silva





Espero

Al ver la moneda en el aire justo antes de que caiga, al elegir piedra en vez de papel, en el tin marín de dos pingüé, al ir a la parada del colectivo, al apostar —porque algunas veces no sé apostar— en qué mano está, al tener el tiempo justo cuando necesitabas un minuto más, cuando la leche no alcanza para cincuenta y cincuenta con el café, la siento cerca.

De alguna manera eligió no estar de mi lado. Sé que me juega, me provoca y no la conozco, ni quiero. Dicen que le gusta lo imprevisto, presentarse formalmente de repente. Los que la frecuentan casi diariamente cuentan cosas sorprendentes.

Yo la espero.

Lucía Grassia

sin
renglones

sin
renglones

Preguntas

Eras.
Eres.
Fuiste.
A lo mejor dejaste de ser.
O simplemente dejaste de estar.
Quieres.
No quieres.
Quisieras.
No quisieras.
A lo mejor dejaste de querer.
O simplemente dejaste de querer a quien quieres.
Supiste.
Sabes.
A lo mejor dejaste de saber.
O simplemente te olvidaste de saber.
Olvidaste lo que quieres olvidar.
El destino, voluntad, tragedia, caer, perder, ganar.





Estás dónde estás porque sabes que te llevo conmigo mala o buena hasta el final.
Rodando ¿mala o buena?

Joaquín Flores

La última apuesta

Era una noche fría en una ciudad que, la verdad, no interesa. Una casa normal, allí no vivía ni un rico ni un pobre, pero se notaba desde lejos lo triste y solitario del caso.

Una ventana se abría dando paso a un pequeño haz de luz, que salía como si de una chimenea se tratara.

En esta casa vivía un hombre. Sentado en una silla pensaba. Nada ya le importaba.

Se quedó dormido. A la mañana se llevarían todo. Sin trabajo, sin dinero, sin casa.

Reservó una botella de whisky, aunque ya no necesitaba del valor que le daría el alcohol.

sin
renglones

sin
renglones

Con el dinero en una bolsa entró al casino. Todo al once. Cuando la ruleta empezó a girar quiso rezar, aunque ya no tenía miedo.

Regresó con el mismo ritmo con que había entrado. Había que buscar un lugar para pasar la noche helada. A la mañana recogería el dinero. Era mucho. Negro el once había dicho el croupier.

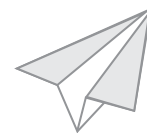
Mala suerte. Ganar y seguir viviendo.

Gregorio Llobeta

Corazones que desaparecen

La pregunta es la siguiente: ¿cuánto tarda un corazón en desaparecer? La respuesta a este interrogante es relativa, dependerá de cuánto café haya tomado la persona esa mañana, del nombre de su perro, de la frecuencia con que visita al peluquero, entre muchas otras arbitrariedades.

En el caso de Paulina al diagnóstico apropiado le correspondía el rango de «esfumo súbito». Mientras se probaba





una pulsera de dijes, Paulina no sintió absolutamente nada. Se quedó tiesa un momento, levantó la mirada hacia la vendedora y se desplomó sobre la vitrina. Para Eugenio, por ejemplo, el veredicto adecuado era «persistencia insufrible». Habían pasado quince meses y aun así su músculo cardíaco todavía mostraba ínfimas presencias.

Cuando el cirujano tomó sus pinzas, las fibras cardíacas desaparecieron en una nubecita tenue de humo.

Existen otros casos: «explosión anfibia», «enfrascamiento hermético», «deshilache ouillal».

Aun no se ha dado con la constante de tiempo precisa para determinar el intervalo de esfumación.

Todos tienen algo en común. Un día, un momento el corazón decidió desaparecer.

Ignacio Grassia

sin
renglones

sin
renglones

Oración

Hace tiempo que estoy consternado. La veo, la siento; todos los días viene a esta nuestra bendita Abadía a pedirle alivio al omnipotente, alivio que parece nunca llegar. ¡Oh, beata María! Tú sabes que hombre de fe soy, que de mi virtud puedo alardear, no como esa gentuza blasfema y banal. Entonces dime por qué la veo en mis sueños, por qué su aroma me persigue a todos lados.

¡Mi culpa no es! Fue esta sirena que el pecado empezó, pues es más fuerte el demonio que un simple mortal. Protégeme de esta, su cruel maldición. ¡Que no manche mi espíritu con su suciedad! ¡Destruye a esta bruja, que en el infierno arda junto a Judas!... O deja que sea de mí y de nadie más.

Ignacio Billone





Si yo fuera grande...

Si yo fuera grande no pisaría a la gente más chica porque tampoco sería *taaan* grande. No diría a todo que no, como me dicen a mí. Si yo fuera grande podría ver películas de grandes y tomar uino... creo que me gustaría. También me gustaría trabajar, el uino tomarlo después de trabajar.

Mi mamá y mi papá me dicen «Cuando seas grande...». Falta mucho para eso. Pero me dijeron que puedo tener un caballo cuando sea grande; para tener un caballo ya soy un poco grande.

Naima Farías

Si me miro en el espejo

Si yo me miro al espejo, a veces veo un cuerpo grande y me imagino que del otro lado hay cosas.

sin
renglones

sin
renglones

Por ejemplo, una persona saltando a la piola. Yo podría estar saltando a la piola.

Me gusta mirarme en el espejo de este lado.

Si estuviera saltando a la piola del otro lado, la ataría muy fuerte a la piola para salir del otro lado cuando me quede atrapada, si es que me quedo atrapada.

No creo que sea difícil salir si uno se queda atrapado en el espejo. Se rompe el espejo y listo. Para poder mirarme después pido que me compren otro.

Lisa Villalonga

Salvarse

Cuando el mundo iba a desaparecer, se puso todo al LG3 (revés).

Las vacas cacareaban y los gallos mugían. Llovía dentro de las casas y todos empezaron a flotar. No había lugares donde ir para salvarse.





Solo un lugar existía: era un sitio donde cuando todo estaba bien, es decir, cuando el mundo no pensaba en desaparecer, era el único lugar donde se estaba en peligro.

Anunnkilandia. Nombre largo, loco como el pueblo que estaba al revés. Aquí en Anunnkilandia, ya, naturalmente, todo estaba al revés. Sus habitantes se acostumbraron a vivir sin salvación.

Cuando se supo de la desaparición del mundo, todos se mudaron a Anunnkilandia, donde supuestamente las cosas estaban bien.

Nadie supo si el mundo se acabó porque los habitantes nuevos y viejos se acostumbraron a vivir al revés creyendo que así se habían salvado. Salvos sin salvación.

Tiziana Medina

sin
renglones

Cosas de gatos

Los gatos negros no traen mala suerte, pero sí, encierran muchos secretos.

Yo tenía uno: encerraba un mundo misterioso, muy difícil de adivinar, imposible entrar a él.

El misterio se sentía por toda la casa; lo miraba andar, despacio, con intriga, tranquilo. Era muy hermoso.

La casa empezó a llenarse de ese mundo secreto y silencioso. Tenía que entrar. Era muy difícil.

Una noche mientras lo miraba lo pensé y me decidí. Tuve una idea. Tenía que enojar al gato.

Esperé la noche. Y lo hice. Entré. Inmediatamente me sentí atormentado; fantasmas y esqueletos custodiaban la entrada.

Salí. Lo dejé en paz. Desde entonces solo viene algunas noches, negro, silencioso, lleno de secretos. Mira desde lejos. Yo también lo miro. Me parece que sabe que yo también tengo un mundo secreto de fantasmas que atormentan.

Noé Toscano Caldelari





Cielo

Había una vez un niño que quiso caminar por el cielo, aunque eso, decían, jamás podría hacerlo.

Se echó a andar el niño.

Después de tanto andar, finalmente sintió que sus pies dejaban de asentarse en el suelo.

Podía ver cómo el cielo estaba cada más y más cerca, casi como si las nubes le diesen la bienvenida.

Ignacio Billone

Solo

Hay muchas razones por las que me gusta estar solo.

Estar solo es buenísimo porque nadie molesta, no escuchás nada, solamente cosas que elegís escuchar.

Muchas veces es insoportable escuchar a los demás hablar, cosas que no te interesan, con las que no estarías nunca

sin
renglones

sin
renglones

de acuerdo y ni querés opinar solamente para no tener que seguir las escuchando.

Creo que las personas hablan demasiado, no saben vivir sin hablar ni sin hacer ruido.

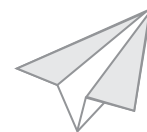
Estar en silencio es muy importante: sirve para concentrarse, pensar o solamente para estar en silencio.

Si la gente se callara un poco diría cosas mejores cuando tiene que hablar, pero no: hablan en el peor momento.

Si la gente se callara un poco se podrían hacer más cosas juntos, con otra gente que tampoco hablara tanto. Las cosas saldrían mejor.

Al final terminamos haciéndolas solos para no vivir aturcidos.

Eugenio dos Santos





Quisiera, pero...

Quisiera verlo en el verano, pero él no va a ir al mismo lugar que yo. Quisiera que él también me viera, pero me parece que no le gusto; peor que eso: ni sabe que existo.

Quisiera que me encuentre en alguna esquina y que me descubra, que hable conmigo, que me pida que volvamos a encontrarnos en muchas esquinas y que me mire... que me vea. Pero no se puede pedir que se mire lo que no se ve.

Quisiera que entonces él sueñe conmigo. Porque sí se puede soñar un verano, una esquina y una chica que quiere con él un verano, una esquina y un sueño.

Naira Castro

sin
renglones

Cuando apago la luz

Por las noches no puedo dormir. Me pongo a pensar. Miro en la oscuridad y veo las cosas que hay. No son las mismas cosas que había antes de apagar la luz.

Por ejemplo, pienso que alguna ropa es una niña pequeña y flaquita. Si miro las cosas tiradas pienso que son amigas y no pueden hablar. Cuando veo una mochila tirada pienso que es mi amigo imaginario. Luego miro figuritas en alguna cosa escondida en la oscuridad y empiezo a pensar que están al lado mío, que me acompañan y que jugamos a todos los juegos.

Cuando es de día me duermo. Mi mamá no me puede despertar. Me levanto tarde y juego el tiempo que me queda. Cuando no hay luz desde mi cama, toda la noche, todas las noches, pasa la historia que les cuento.

Delfina de la Vega Escudé





Mi propia pesadilla

Le conté a Solana mi sueño y se enojó: era una pesadilla.

En el sueño —mejor dicho, en la pesadilla—, yo estaba con Solana, mi amiga. Salimos a las escaleras. De pronto, a ella le salieron cuernos y sus ojos se pusieron rojos; todo el cuerpo se transformó en algo con plumas. Los dientes de Solana eran horribles. Largos, desaparejos. Y el monstruo mató a toda la gente del mundo. Solo sobrevivimos ella y yo. Únicas sobrevivientes. Yo igual con mi vestido azul y mis rulos. Solana sobrevivió como monstruo. Solana enojada tenía los ojos rojos como en el sueño. Yo le explicaba que no se pueden cambiar los sueños. Puede ser que esta noche sueñe que las dos sobrevivimos y que ninguna sea monstruo. Voy a tratar, pero una pesadilla... es una pesadilla.

Sofía Márquez Sánchez

sin
renglones

La edad del pavo

Hay una época para la que me faltan unos años llegar. Es la edad del pavo.

La edad del pavo es cuando empezás a portarte como un pavo. Reírte sin parar por cualquier cosa, a veces delante de gente que puede creer que se ríen de ella.

Mi hermano está en la edad del pavo y todos sus amigos también. Viven como en otro mundo, un mundo chiquito del tamaño de un celular o de una tablet. Todo pasa por ahí. Los holas y los adioses.

Si les hablan, no responden. Solo responden por el celular, con dibujitos y poquitas palabras cortadas.

Cuando no están riéndose por cualquier cosa, están de mal humor. En la edad del pavo el mal humor es muy importante: puede venir de repente, por ejemplo, entrar corriendo a la casa contando algo que nadie entiende porque en la edad del pavo hablan raro y le preguntás: «¿Qué?».





«Nada», contesta.

Si dentro de un tiempo me hablás y no te contesto por mirar el celular, definitivamente ingresé en la edad del pavo.

Martina Grignola

La puerta

Había una vez una niña llamada Belén. Belén tenía muchas amigas. Un día fue a acampar con ellas.

Como en todos los campamentos se repartieron las tareas: a Belén le tocó encender la fogata. Fue al bosque a buscar ramitas. No encontró ninguna cerca y empezó a caminar. Cuando se dio cuenta estaba muy adentro en el bosque. Quiso volver y en ese momento encontró una puerta.

Belén abrió la puerta, entró y vio un bosque diferente. La realidad se había transformado y Belén ya se había olvidado de las ramitas y la fogata.

Los árboles violetas y el agua de colores le borraban los recuerdos y le mostraban un mundo muy divertido.

sin
renglones

sin
renglones

Las amigas, preocupadas, caminaron hacia el bosque buscando a Belén.

De una en una encontraron la puerta y la abrieron. Una vez adentro del bosque mágico se olvidaron unas de otras. Cuando todas estuvieron adentro se presentaron, se conocieron y se hicieron amigas, jugaron desde entonces para siempre en el bosque de colores.

Desde aquel día las buscan; solo algunos pueden ver la puerta. El que la ve, la abre y entra.

Julia Figueroa Borigen

La prueba

Me atrapó un monstruo; al menos, así me siento. Nerviosa. Llena de momentos difíciles. Quiero sentarme a pensar con una Coca fría y olvidarme de todo. Querido diario: las hojas se quedarán en blanco, no puedo escribir, no sé qué poner. Quiero que una hoja en blanco me escriba una historia de terror y ser la protagonista, la heroína, la que gana al final. Quiero





escribir con felpón, improlijo y que algo lo transforme en perfecto.

Una varita mágica que me vuelva invisible. Un mago que detenga el tiempo, que la prueba de matemáticas venga resuelta en la hoja. Que la seño se enamore y a todas ponga diez, por lo menos a la mía. Mejor repaso un rato y apago la luz sin miedo. Para susto, tengo la prueba mañana.

Milena Roibón

Diez cosas para llevar a una isla desierta

- 1) Un amuleto de la suerte (son muy necesarios para sobrevivir).
- 2) Una bolsa con nubes (para cuando el sol se ponga caprichoso).
- 3) Una gran botella con agua concentrada (para ir racionando).
- 4) Una cuerda (para subir a los árboles).

sin
renglones

sin
renglones

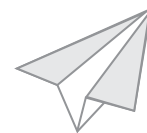
- 5) Un color del arcoíris (para decorar mi refugio y mandar señales para el rescate).
- 6) Un atadito de libros (para leer, por supuesto).
- 7) Manzanas (para pensar en el paraíso).
- 8) Papel, lápiz y botellas (para arrojar mensajes al mar).
- 9) Un espejo (para señales y para mirarme).
- 10) Mi diario íntimo (para contar todas las experiencias; casi todas).

Julia Figueroa Borigen

Cosas que me gustaría decir y que me digan cuando me enamoro

En general son tontas las cosas que escuchamos cuando nos enamoramos.

Si pienso en qué cosas me gustaría escuchar cuando me enamoro, no sé... Me da vergüenza, me pongo muy nervioso, pero me gusta que me digan que soy muy inteligente.





Las que yo diría tendrían que tener una investigación, pensar en el futuro, averiguar qué cosas le gustarían a ella y, aunque no sean las mismas que me gustarían a mí, decirle, con un poco de vergüenza.

Si las cosas que le gustarían que le dijera son muy tontas, me desenamoro y listo.

Porque a mí también me gustaría decirle «Sos muy inteligente». Pero que fuera cierto.

Eugenio dos Santos

Mis sonrisas

En el acto del colegio Luciano me estaba mirando mucho.

Yo le sonreía y bajaba la mirada. Un día Luciano me dijo que era hermosa y yo le sonreí dos veces.

Él con su cara de mirarme y yo con la sonrisa de punta en la cara para mi Luciano.

Luciano era horrible, al menos para mí era horrible, pero yo para él era hermosa; claro las mujeres siempre somos her-

sin
renglones

sin
renglones

mosas para los hombres. Ellos nos tienen que decir que somos lindas porque si no lo dicen, todo se va al diablo.

Un día apareció Martín, mucho más lindo que Luciano y recibió más sonrisas más que nadie. Yo sonreía y él me acariciaba el pelo... ¡Ah! Inolvidables días de pedir permiso para ir al baño a cada rato. Él no hablaba español, no era de este país y yo no entendía nada de lo que decía ni me importaba, solo quería encontrarlo en el patio mintiendo que iba al baño y sonreír.

Martina Grignola

Cinco cosas

Para ganar una guerra

- 1) Armadura de hierro forjado hecha por herreros de París.
- 2) Ametralladoras con balas explosivas.
- 3) Un refugio en el sótano de mi casa.





- 4) Comida. Mucha comida. Y que sean hamburguesas con mostaza.
- 5) Centinelas con balas y misiles.

En un sorteo

- 1) Enojarme con el tipo del sorteo.
- 2) Romper todas las cosas del sorteo.
- 3) Busco algo para mí, entre todas las cosas que el tipo del sorteo no me va dando.
- 4) Le meto un tiro al tipo del sorteo.
- 5) Me voy contento con el premio que me gané en el sorteo.

Agustín Bo

sin
renglones

El costurero

El costurero de la tía Elisa tiene tantos secretos que no sé.
Tiene hilos, historias, agujas, lápices, alfileres.

Especialmente tiene hilos, hilos, ¡hilos!

Hilos rosas con historias de amor, hilos rojos con historias
de enojos, hilos verdes con esperanzas bordadas.

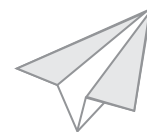
Creo que los hilos cuentan siempre una historia en el costu-
rero, que algún amor suyo puso los hilos ahí.

Los hilos de colores se mezclaron con historias de amor y
locura.

Yo sospechaba que la tía Elisa tuvo como mil millones de
amantes. Lo confirmé revisando el costurero. Casi todos la
amaron locamente, le regalaron muchísimas cosas, y algu-
nos le rompían cada tanto el corazón.

El costurero es de madera con ocho cajoncitos. La verdad
es que los amantes no fueron tantos, fueron solo ocho, que
ya son unos cuantos como los cajones del costurero. Pero el
corazón de la tía Elisa no es. Nunca fue de madera.

Tiziana Medina





El regalo

Hay gente que hace regalos muy tontos, como un pincel de maquillaje, o una lapicera que tiene cosas adentro. Están también esos regalos de cumpleaños que son cosas para la escuela.

A Julián le regalaron unas patas de rana en pleno invierno. A todos nos parecía que era una locura ¡con semejante frío! Faltaba mucho para el verano y, además, ¿a dónde iba a usar Julián las patas de rana?, pero Julián las usaba. Caminaba por la calle con las patas de rana, iba a la escuela, hacía la tarea con las patas de rana. La gente se reía.

Una tarde, casi al final de la clase, Julián se convirtió en príncipe. Tal vez las patas eran de sapo y nadie se dio cuenta.

Cuando lo vimos nos quedamos con la boca abierta. ¡Era magia pura! Las chicas estaban locas por él; excepto yo... aunque me gustó un poco lo extraño de la historia y me gustan las cosas que sorprenden y son magia en la vida.

Delfina de la Vega Escudé

sin
renglones

No es así

Portarse bien no quiere decir quedarse quieto. Me puedo reír muy fuerte y correr y estar portándome muy bien.

Puedo levantarme mientras estamos comiendo y eso no sería portarse mal. ¿Por qué?

Hay cosas que no tienen nada de malo, como mirar adentro de los muebles o gritar en el patio.

A veces nadie dice que no juguemos así, y corremos gritando.

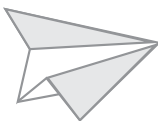
Un día en la escuela Agustín se lastimó, porque él es el que más corre y entonces lo de siempre... viene alguien que ni siquiera estaba y dice «¡Yo les dije!».

Siempre te dicen que te portás mal cuando te caés y te lastimás. Aunque estés divertido.

Y cuando estás quieto y aburrido o triste o tenés sueño o estás dormido dicen que te portas bien. ¿?

Lisa Villalonga





Papelito

Nicole fue a la Plaza Central, fue a comprar revistas para leer en un banco al lado de la fuente.

De pronto, de una revista se cayó un papelito. Era pequeño y liviano como una pluma. Nicole lo levantó.

Se hizo tarde, se fue a su casa, arrojó el papel a la basura.

Llegó a su casa. Apenas al cerrar la puerta, parpadeó y en ese parpadeo llegó al mismo lugar con el papelito en la mano.

Lo hizo un bollo y lo arrojó a la fuente.

El agua se levantó y le cayó en la cara.

Con la cara salpicada, Nicole se levantó de la cama.

«Extraño sueño», dijo, mientras pensaba qué hacer con el papelito que todavía tenía en su mano.

Felicita Rotta di Caro

sin
renglones

Soñar un gato negro

Todos saben que soñar con un gato negro trae mala suerte. Puedo afirmar que es una gran verdad. He soñado muchas veces con un gato negro y tuve que aguantar la mala suerte.

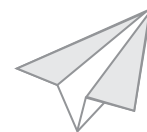
Aguantar la mala suerte no es lo mismo que aguantar el miedo. Porque la mala suerte no depende de nosotros; el miedo, sí.

Una noche soñé con un gato negro. En mi sueño estaba caminando y lo encontré, o él me encontró a mí. Me mostraba las uñas, me amenazaba. Yo corría en el mismo lugar, el gato negro me atrapó.

Me desperté. Alterado empecé a romper cosas. Ya no estaba soñando: me tropezaba, me caía...

Soñar con un gato negro trae mala suerte o unos días de dormir con la luz encendida.

Eugenio dos Santos





Crisis

Paso por una crisis. No puedo escribir, no me sale nada.

El año pasado cuando empecé el taller en Mandrágora hablamos de laberintos, yo metí una idea. «¡Brillante!», dijeron todos. Había hablado de laberintos emocionales, una idea muy inteligente, dijeron.

Pero me quedé ahí. Ahora estoy triste, tengo ganas de llorar y ni las lágrimas salen. Estoy en un laberinto emocional. No logro escribir nada. No me sale, igual que las lágrimas que no salen. A las lágrimas puedo dibujarlas, a las palabras no puedo escribirlas.

Candela Villalonga

sin
renglones

Mariposas

En primavera vienen las mariposas. Vuelan despacio, llenan el cielo. La llegada de los colores trae a las mariposas, con el calor y el verano aparecen.

Dicen que viven en lugares mágicos, que traen buenas noticias y un secreto que aprendieron siendo capullo.

Las mariposas saben que la belleza es eterna, aunque ellas vivan poco tiempo, siempre van a venir otras y después otras a comer en el verano y a pintar la primavera.

Las alas tan finitas se las pintan las hadas que ayudan a los duendes a cuidar el oro al final del arcoíris.

Los días de lluvia no salen a volar porque tienen las alas recién pintadas. Cuando la lluvia pasa salen y se divierten muchísimo con las pequeñas gotitas que hay en el pasto.

Cuando hace frío no están, son capullos que duermen cuidando el secreto de la belleza.

Julia Figueroa Borigen





El abanico

En la puerta del teatro una mujer jugaba con un abanico. Lo abría y lo cerraba nerviosa.

A la entrada el abanico se rompió. Ella intentaba arreglarlo. La gente protestaba en la cola.

«Abanico tonto», decía la mujer. ¿Por qué no se arreglaba?

Las señoras de atrás lo quisieron arreglar: no se puede.

Un viejito dijo que arreglaba abanicos y se ofreció.

La obra había empezado, pero en el teatro no había nadie. Todos estaban en la cola con el problema de la mujer y el abanico.

El viejito dijo que tenía que ir a su casa a buscar las herramientas. Un señor lo llevó en el auto.

En la cola seguían protestando. La mujer estaba nerviosa porque no llegaba el abanico. «Viejo tonto —decía— ¿por qué no se apura?».

Llegó el viejito con el abanico y las herramientas. Lo arregló. Todos aplaudieron.

La mujer pagó el arreglo y ya no le quedaba plata para las entradas.

sin
renglones

sin
renglones

Los actores pidieron que la dejaran entrar y entró.
La obra iba por la mitad.
Apenas se sentó en la butaca la mujer del abanico se levantó.
Atrás de ella fue el viejito a ver si se le había vuelto a romper el abanico; detrás de él, el señor del auto y otros curiosos.
De repente todos estaban en la calle. Hasta los actores.
Empezó a llover y los actores se fueron al escenario a terminar la obra y a saludar. Nadie aplaudió porque todos estaban mirando afuera a la mujer que, como no tenía paraguas, se iba por la calle tapándose con el abanico.

Martina Grignola

Prototipo 1

Comenzando temprano en la mañana, antes de que el sol se acerque demasiado, con un libro voy a empezar. Buscaré en él los versos más tristes que haya, para hacerlas cambiar de color.

154





Voy a tocar un tango, así se acerquen todas a un mismo lugar.

Para que de a poco vayan tapando el sol, les nombraré guerras de la que mucha gente no volvió.

Cuando ya estén por rebalsar, les contaré cuántos niños se caen de sus bicicletas y cuántos.

Y ahí, si es que las estrellas llegan a consolarlas, las echaré, para lograr que las nubes puedan llorar, y así hacer llover.

Lucía Grassia

El día que nadé 25 000 metros bajo el agua

Todo comenzó cuando hice una apuesta con mi amigo. Apostamos el oro suficiente como para hacer una casa y viajar por el mundo.

La prueba consistía en nadar por un río lleno de tiburones, delfines, viejas gritonas y anguilas eléctricas. Para nadar me puse un traje acuático de color celeste, para confundirme con el agua y no ser visto por los animales. Me llevó tres días lle-

sin
renglones

sin
renglones

gar a los últimos doscientos metros cuando me topé con un grupo de pescadores zombis. No querían que pasara bajo ningún punto de vista. Es más, con sus cañas me querían pescar para comerme el cerebro. De mi bolsillo saqué una ametralladora y conseguí pasar.

Me gané todo el oro.

Hice mi casa, me compré un auto rojo, y a mi amigo le di clases de natación en mi pileta.

Agustín Bo

Carta de presentación

Me llamo Delfina porque a mi papá y a mi mamá les gustaban los delfines, porque les encantaba nadar y también les gustaba mucho saltar. Delfina se parece a la palabra *delfines*.

A mí me gusta saber todo sobre mi nombre, me gusta que me llamen Delfi o Delfina sin cortarlo. Me enoja cuando se confunden con el nombre. Yo nunca me confundo con el





nombre de las personas. En la escuela hay muchas Marianas, Lucías o Sofías, pero Delfina solo hay una. Y soy yo.

Delfina de la Vega Escudé

Y que sea cierto

Que lo encuentre a la vuelta de la esquina y que sea cierto.

Que cante como delfín y que sea cierto.

Que se quede en silencio viendo nubes y que sea cierto.

Que juegue con los demás y que sea cierto.

Que mire al vacío y que sea cierto.

Que me dé su corazón incondicional y que sea cierto.

Florencia Silva

sin
renglones

La sutileza

¿Nunca se despertaron con la sensación de que están siendo engañados? Es decir, te levantas, te cambiás, te preparás y de repente te ves en el espejo, en ese supuesto reflejo, y ahí me pregunto cómo estoy segura de que soy yo. Cómo no saber si hay alguien detrás de ese vidrio que intenta engañarme.

Es verdad, me veo. Veo pelo marrón, largo y despeinado, cachetes rojos, nariz pequeña, y más o menos un metro sesenta, pero ¿cómo me identifico? ¿Cómo estoy segura de que esa sea yo? Que no me engaña, que yo no me engaño. Que lo que veo es lo que soy y que lo que soy se refleja.

Es confuso. Pero... al verse, ¿cómo sabe usted que ese es usted y no es otro?

Creo que son muchas preguntas para un solo reflejo.

Lucía Grassia





De pelos

Mi abuela decía que peinarse en la cama retrasaba a los viajeros. No es bueno que alguien no vuelva, ni tener mucho pelo, por eso los pelados nunca extrañan a nadie, porque no se peinan ni en la cama ni en ningún lado; simplemente no tienen pelo. Pienso en José, hace mucho que no vuelve.

José es el novio de mi amiga Carolina, ella debería ser pelada. Lleva años esperándolo y tiene mucho pelo, alguna vez se debe haber peinado en la cama. Espera con ansias a José, él no llega.

La solución podría ser un farol o una vela; mejor un farol (por si hay viento).

Voy a decirle a Carolina que no importa si se peina: solo tiene que poner un farol en la ventana.

Milena Roibón

sin
renglones

sin
renglones

Es tan linda

Mi hermana Renata es chiquita, le gusta jugar, reírse y dormir. La miro y se parece a mí.

Me acuerdo que yo era chiquita y con poco pelo, tenía muchas amigas, pero me gustaba estar con una igual que lo hace ella. Me encantaba estar con mis primos igual que a ella; le hacía la contra a mi mamá y lloraba como una loca para conseguir lo que quería.

Las dos nos parecemos a mi mamá. Mi mamá nos tiene cortitas. «Son igualitas», nos dice. Ella no se da cuenta de que somos iguales a ella.

Es tan linda mi mamá.

Juana Ganem





De pensar

Sentado en el borde de la pileta toco el agua con un pie. Escucho cada susurro del agua cuando se mueve con las olas. Me imagino que la piscina es solamente para mí haciendo las olas.

Pienso en cosas feas, y en cosas buenas, las peleas y los sueños que se hicieron reales.

Y así nada me importa. Trato de ver hacia delante y seguir mi camino, pero después me doy cuenta de que era mejor quedarme y resolver el problema. Ahora no quiero tener más problemas y cambiar mi forma de reír.

Lucía Juárez Rodríguez

sin
renglones

sin
renglones

Pero no

Podés pedirme lo que sea, pero no me mientas.

Podés mirar hacia otro lado si no querés verme, pero no mientas.

Podés oírme y no escucharme de verdad, entender a otros y no a mí, pero no me mientas.

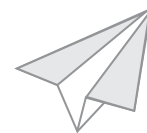
Podés usar la indiferencia si es lo que querés, quedarte conmigo y no estarlo a la vez, pero no me mientas.

Pensar que la felicidad de otros es también la nuestra, tratar de tener ganas de acompañarme y no tenerlas, pero no me mientas.

No me mientas, no me mientas, no mientas.

Podés amarme, odiarme, podés dejarme sola, pero no me podés mentir, ni a vos, ni a mí.

Lucía Grassia





Contactos

Sentados en la cocina medio abrazados, tomaba tantas precauciones y hacía tantos rodeos... no podía asimilar que fuera así.

Ciega de la ausencia de no verte, no podía más que empararme. No soportaba el aire de la sala.

En la selva del insomnio no es necesario internarse, al levantar la vista me encuentro espiando. ¿Qué le habría gustado ser si no fuera lo que es? Tu silencio me llenó de palabras que iba encontrando, aunque el regreso esté más adelante y no solo lo conozca por su nombre de pila.

No habló en ese momento, ni nunca más lo hizo. Estaba a punto de irse a dormir. El llamado terminó de alterarla. No me siento capaz de interpretar los alcances del sueño.

Eugenia García Sacco

sin
renglones

sin
renglones

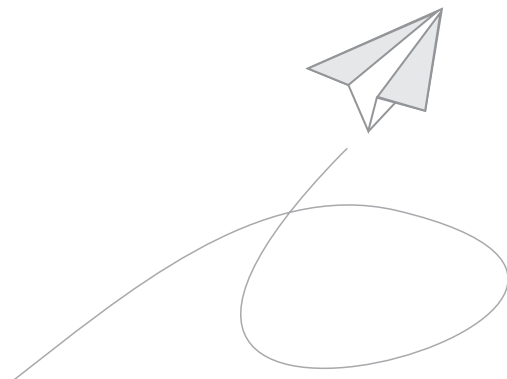
Manchas

Composición. Tema: la vaca. Una vaca tiene manchas, muchas.

Las manchas no se conocen entre sí, porque son manchas. Tan diferentes que nadie puede reconocer una vaca por sus manchas. Las manchas son especiales: depende de dónde se las vea y son relativas... Son cualquier cosa, pero nunca iguales.

Hay vacas famosas por sus manchas. Si las vacas son premiadas, las manchas pertenecen a una clase más noble. Las manchas de las vacas podrían ser una obra de arte y al premio mayor lo ganaría una vaca que tuviera manchas grafiti.

Gregorio Llobeta





Calles vacías

Su vida era realmente mala, vivía solo. Los momentos felices ocurrían de noche. A la noche, a la una de la mañana él salía a caminar. Caminaba por las calles solitarias y era él mismo, sin problemas, lleno de libertad. Podía correr, gritar y, en algunas ocasiones, desnudarse... sentir el frío y reírse.

En las calles lo conocían. Cada uno le daba algo de su negocio y así el corría con un globo, con un algodón de azúcar, con un helado. A la noche era feliz: era dueño de su mundo, de las calles solitarias y de algunas horas.

Florencia Silva

No es tan fácil

No es fácil tener hermanas gemelas idénticas. Hacen un lío bárbaro, enredos, ruidos, se hacen pis y cacas, lloran, pelean y no se entienden; pero lo más difícil de todo es distinguirlas,

sin
renglones

sin
renglones

saber quién es quién. Una vez mi mamá le cambió el pañal dos veces a la misma. Otra vez una de ellas tomó dos veces la mamadera, y no puedo olvidarme del lío que se armó cuando mi abuela le dio el jarabe de la tos dos veces a la misma.

Una vez me invitaron a un cumpleaños. Tenía la vincha más linda de todas las chicas; cuando terminé de vestirme con los rulos listos no la encontraba. Apareció flotando en Coca Cola en la pileta de la cocina. Lloré toda la tarde. No tanto por la vincha, sino porque nunca supe cuál de las dos había sido.

Sofía Márquez Sánchez

El balcón del 9

Tengo un balcón muy chico para ser grande. Muy verde. Muy alto.

Le tengo respeto, pero no miedo. Otras personas le tienen miedo.





A veces me siento en el piso del balcón; me gusta salir de noche a pelear con los mosquitos y a pensar en alguna historia mía.

Sacudo el mantel y sigo a ver dónde caen las miguitas... pero me acuerdo de los vecinos y de los retos de Padres y mucho no lo hago.

El balcón es el único sitio de la casa que tiene señal. Y también se puede gritar muy fuerte porque nadie escucha.

Me gusta mi balcón: es un lugar inseguro para hacer cosas seguras.

Paso ratos largos mirando las montañas y las luces; por las noches se ve hermoso todo lo que se ve.

Mi mamá dice que tenemos balcón con vista al mar.

Luciana Ceridono

sin
renglones

sin
renglones

Caretas

La gente careta literalmente me enferma. Gente que siempre es lo que no es. Porque de tanto ser lo que no es termina siendo cualquier cosa.

A la gente careta le gusta mostrar todo lo que gasta, cosas innecesarias. Y creen que siendo poderosos solamente por andar colgando algunas marcas se pueden llevar el mundo por delante y ser maleducados, groseros.

A la gente careta le gusta ser respetada. A todos nos gusta eso, pero los caretas quieren que los respeten por lo que tienen.

La gente careta me pone la yugular en el cráneo.

Nicolás Ganem





Ángeles y demonios

Sé que en este mundo los humanos no estamos tan solos como lo creemos.

Sé que existen los ángeles, cuyas alas no dejan verse, mientras que sí demuestran todo su amor.

Sé que existen los demonios, cuyas decisiones los llevaron a perder sus alas y el respeto por el amor.

Sé que existen porque conocí a dos de ellos.

Y no, no estoy loca, no estoy alucinando, y mucho menos inventando. Simplemente logre entender que no me crucé a dos seres comunes.

Al principio sí creí que eran personas con personalidades opuestas, y no podía entender cómo sus acciones habían causado tanto efecto sobre mí.

Primero conocí al demonio, tan cautivante e interesante que me acerqué a él. Y que se aprovechó de mi confianza y me hirió. Llegó a hacerme pensar que la vida no valía la pena y me hizo perder el miedo por la muerte.

sin
renglones

sin
renglones

Cuando el ángel me encontró, parecía imposible sanar mis heridas, dejarme como antes. Hasta lo traté mal, pero no se alejó.

Ahí me di cuenta de quiénes eran esos seres; porque un humano común no logra llevarte al infierno con tanta tranquilidad. Y porque otro humano común no logra sacarte de él con tanta facilidad.

Porque de la oscuridad y el odio solo pueden sacarte la luz y el amor.

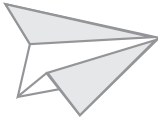
Eugenia García Sacco

Equipaje

Para preparar el equipaje ideal para sobrevivir en una isla desierta hay que tener:

- 1) Un perro guardián.
- 2) Anteojos mágicos para mirar lo que la realidad oculta.
- 3) Un libro.
- 4) Un mapa.





- 5) Un paracaídas.
- 6) Una moto voladora.
- 7) Una capa para volverse invisible.
- 8) Una pizza infinita.
- 9) Una linterna.
- 10) Un perfume para agrandarse para agrandar.

Lucía Namur

Una luna

Encontrar una luna no es cualquier cosa, porque hay que esperar la noche perfecta y saber que es esa y no otra la noche perfecta.

Desde pequeña adoro las lunas. Siempre estoy observándola, veo cómo va cambiando hasta llenarse y ser redonda y maravillosa.

Encontré la luna, mi luna para siempre, una noche de luna llena, de verano, de estrellas, de enamorados de la mano, de domingo, brillante.

sin
renglones

sin
renglones

Unos ojos me miraban. Pequeños, alargados. Él se ponía los anteojos y los ojos se volvían enormes; yo le pedía que se los quitara porque me gustan chiquitos.

No es cualquier cosa encontrarse una luna que será siempre la mejor mirando el cielo enamorada y al lado de los ojos chiquitos.

Felicitas Rotta di Caro

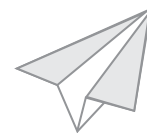
Carta urgente

Querida rodilla lastimada:

Ya no te accidentés más. ¿Cuántas cosas más querés tener?

La vez de los raspones y todo ese dolor ya tuviste pus y por mucho tiempo.

La vez de la picadura de la hormiga roja ya tuviste ardor y quemadura.





La vez que jugando con mis primos en el jardín te pinchaste ya tuviste vendas y curitas y llanto por tres días.
Ya no me molestés más.

Saludos,

Naima

Naima Farías

Ajeno

Nadie podía decir ni una sola palabra.
Todos los ojos se enfocaban en él. Su máscara no podía protegerlo.
Ojos verdes, nariz colorada, dientes marrones, labios mordidos.
Ríos nacieron de sus ojos lavando el rostro cubierto de manchas desérticas.

sin
renglones

sin
renglones

«Corré», salió de mi boca. Fue en ese momento cuando mi cerebro se contrajo y entendí.

Aquel chico ajeno y con una pistola en la mano era yo.

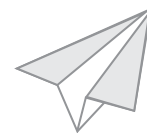
Ignacio Ibarra Cárdenas

El tío Emilio

Mi tío Emilio es la persona más rara del mundo. Al menos es la persona más rara que he conocido hasta ahora.

Las cosas que a mi tío le gustan, cuando le gustan, le gustan muchísimo. Le gustan los autos, las cosas que ruedan. Puede ser, por ejemplo, un transporte de algo y habla mucho de eso con tanto entusiasmo que todos terminan hablando de sus temas.

Le gustan los caballos y los perros, sobre todo los perros (a mí también me gustan mucho, casi como al tío Emilio). Dice que quiere tener infinitos perros y que quisiera crear una máquina para revivir a cada perro que muera. (¡Ojalá pudiera crearla!).





El tío Emilio ve todas las cosas exageradamente. Una vez vio una película: *Rápido y furioso*. Le gustó tanto que la vio miles y miles de veces, se compró la remera, la peli y todo lo que había del tema.

Es muy divertido el tío Emilio y de todas las cosas locas nos reímos mucho.

El tema de la máquina para volver perros a la vida es de lo que a mí más me gusta hablar. Algún día el tío Emilio va a inventarla. Yo sé que sí.

Naira Castro

Giros

La noche era negra, llovía, era tarde y ella estaba sola en su casa, muy aburrida. Miraba por la ventana totalmente húmeda y empañada; lo único que se veía era la vieja calesita de la plaza de enfrente.

sin
renglones

El viento era fuerte, movía la copa de los árboles y hacía rechinar el motor gastado de la calesita. El ruido metálico la hacía temblar.

La calesita dio una vuelta entera. Sobre un caballito apareció un niño. Estaba quieto, agarrado al fierro con las dos manos, subía y bajaba lentamente.

La calesita giraba. La música iba apagándose. Ella miraba el giro repetido.

La calesita dio otra vuelta. El niño ya no estaba.

Ella dejó de respirar. Por un momento, sentía que el corazón le latía muy fuerte; oyó que algo se caía. Se dio la vuelta. No había nada.

Se volvió y vio la cara del niño, del otro lado de la ventana empañada. Perdió el equilibrio y se cayó.

Sintió con claridad que le tiraban del pelo. Se levantó. Respiraba asustada. La observaban, lo sabía. Cerró las cortinas. Corrió a su cama. Sintió un viento frío y alguien la tomó de la mano.

Mora Toscano Caldelari





Trenes

Veo pasar los trenes. A veces son más largos, a veces solo un par de vagones.

Nunca viajé en tren, me gustaría alguna vez subirme a uno. Los trenes tienen una especie de melancolía entre el ruido de las vías y las estaciones viejas.

Cuántas historias habrá allí. Cuántas manos habrán tocado por años la misma baranda al subir.

Hay también algo misterioso en los trenes, las ventanillas pegadas, los asientos enfrentados y el sonido estridente de aviso que viene, que llega, que corre, que va.

Son románticos los trenes. En las películas el amor se ve más claro en los andenes que en un aeropuerto. Se ven mejor las despedidas y las bienvenidas.

Si alguien se encuentra debajo de un puente y un tren pasa en ese momento, se pide un deseo, el tren se lo lleva y algo, no sé qué, decidirá cumplirlo.

Alguna vez voy a subir a un tren. Voy a esperar el próximo invierno, voy a sentir el movimiento, voy a pegarme a la ventanilla y voy a mirar las estaciones de nombres raros y voy a

sin
renglones

sin
renglones

esperar un puente para creer que estás abajo pidiendo un deseo. Y entonces, para que se cumpla, voy a escribir tu nombre en el vidrio empañado.

Lucía Juárez Rodríguez

Azul

Ambiente turbio. Olores a frutos y esencias. En el suelo, junto al sofá, un cuerpo geométrico.

Gira y se desequilibra sobre la única baldosa decorada. Deja un camino azul tras de sí que destina a un lugar. ¿Ambiente infantil? ¿Escena de un crimen? ¿Accidente?

Un dedo enredado en aquel hilo del destino. En otro personaje que aparece de repente, delicado, sabe defenderse. ¿Que cómo lo sé? La anciana debió tomar clases de tejido. Debió haberlas tomado. Ya es tarde.

Ignacio Ibarra Cárdenas





Fiestas familiares

No. No. No. Yo ni muerto voy a esa fiesta. Ni a palos me levanto, me baño y me seco; dicen que después de bañarse hay que secarse, después vestirse con otra ropa, peinarse, lavarse los dientes.

Después caminar vestido de otro un montón de cuerdas más IVA o subirse a un taxi para no llegar transpirado y arruinar el traje prestado.

Es un dineral, comprar jabón, pasta de dientes. ¡Un taxi!

A quién se le ocurre hacer una fiesta donde nadie se divierte. ¿Alguien se divierte en las fiestas?

Extraños lugares donde uno va con la obligación de divertirse.

Una fiesta familiar donde seguramente no me quisieron invitar, rodeado de gente que me mira mal y que yo miro peor.

¡Ja! Ya me imagino sentado ahí, en una silla de plástico forrada de tela blanca atada con un moño.

Mesa numerada al lado de vaya a saber quién. El mozo servirá cosas que uno no sabe de qué están hechas; cubiertos, muchos; copas, muchas: una para cada cosa.

sin
renglones

sin
renglones

Todo tiene un turno: primero esto, segundo aquello, tercero lo otro y las malas caras si te equivocás y ni se te ocurra preguntar.

Te dicen cuándo comer, cuándo brindar, cuándo bailar, cuándo, cuándo, cuándo...

¿Y si me ensucio el traje prestado? ¿Y mis malos modales no se llevan bien con los malos modales de los que creen que tienen modales buenos?

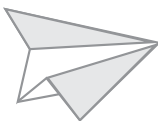
Pongo la servilleta en mi regazo... ¡Ah! ¿Qué tal? Y si me mancho el traje, mojo la punta en la copa que le corresponde al agua y me limpio.

Entonces ya no me importaría y me como todo sin limpiarme la boca porque ya limpié el traje y la servilleta esta mojada. Saldría con la boca melosa porque no estoy cronometrado para fiestas y me comería algo de postre antes de cuando corresponda.

No. No voy. Cada uno que se divierta como quiera. Yo no voy.

Nicolás Ganem





La tarde cuando tu padre se fue

La tarde en que tu padre se fue, saliste a caminar por la plaza. Distes unas cuantas vueltas a la manzana y te dirigiste hasta la fuente del centro. Te sentaste al borde y viste el agua turbia fluyendo en medio de las montañas de monedas en el fondo de concreto. Acariciaste la superficie con las yemas de los dedos, mientras observabas tu reflejo. Y no pudiste evitar desconocer a ese que aparecía frente a ti. Sentías que ese ya no eras vos, que esa cara era de otro, alguien menos alegre, menos pintón y menos entusiasta. Al que veías le faltaba algo, estaba incompleto, ausente.

Y, de pronto, todo se detuvo. El agua se quedó quieta y el viento dejó de soplar. Una hoja quedó suspendida en medio del espacio y casi podías apretar en tus dedos un rayo de luz.

Ignacio Grassia

sin
renglones

Para tener en cuenta

Si alguna vez pensaste en dejar abierta la puerta del placard y acostarte mirando las sombras de las cosas y querer sentir escalofríos al intentar adivinar qué es cada cosa que intentas ver...

Es mejor, te aseguro, pensarlo bien. Cerrá el placard y no corrás riesgos.

Un placard abierto de noche, con la luz apagada, es un misterio que nadie puede adivinar.

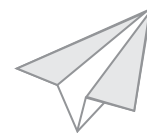
Una vez lo dejé abierto a propósito.

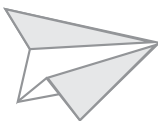
De ese hueco profundo y oscuro salió un destello. La luz de la luna o de un auto, o de algo que nunca sabré, rebotó sobre un pequeño bulto brillante en la oscuridad.

Salté de la cama para cerrarlo, pero antes alcancé el objeto brillante.

Ningún misterio: era un frasco de monedas, lleno de monedas. Me alegré, aunque placard, oscuridad y monedas, todo junto, era para tener miedo.

Nunca me gustaron las monedas; dicen que tienen muchas maldiciones.





Las monedas son tramposas, no alcanzan para nada, pero si querés pedir un deseo con la moneda de menor valor te alcanza.

Así todos creen que ese es el lado bueno de las monedas, conceder deseos. No es cierto.

Pedís el deseo, tirás la moneda a la fuente y esperás. Si tu deseo se cumple, hay que seguir esperando porque rescatar la moneda es imposible. ¿Cómo saber cuál es la tuya? ¿Y si levantás la del deseo de otro? Imposible.

Dicen que cuando la moneda se herrumbra se desarma el deseo y se puede tener lo contrario de lo que habías pedido.

También dicen que todo depende de la moneda, de su historia. Las monedas pasan de mano en mano y nadie puede saber de dónde vienen ni dónde estuvieron.

Ni hablar de las personas pequeñas que viven en las monedas y se enojan por alguna cosa.

Dicen también que lo peor que puede pasar es que una moneda se caiga en una alcantarilla porque se llevan la última cosa en la que estabas pensando y de la alcantarilla jamás se las puede recuperar.

sin
renglones

sin
renglones

Te aviso: a la noche cerrá la puerta del placard; si algo brilla, lo tapás con una campera. Y con las monedas sueltas tené mucho cuidado, mejor gastalas a todas en el quiosco.

Sada Abate Rospide

La copa

Hay gente que ve cosas que otros no ven; yo soy una de ellas. Veo las cosas de color cuando está por pasar algo malo. Como cuando estaba en la casa de mi abuela, vi que la chimenea se puso azul y ella estaba a punto de caerse de las escaleras.

En este caso es una copa, está en la biblioteca en el estante más alto, donde están los libros que papá no quiere que lea. Yo la veo roja, pero como la copa es de esas transparentes creo que algo malo va a pasar. Me pongo muy nerviosa. Cuando mi mamá lava los platos, siento que se puede cortar. Cuando mi hermano duerme siento que se puede ahogar y en





ese instante pienso en la copa. Aún no se lo cuento a nadie por miedo a cómo puedan reaccionar.

Mientras oscurecía no tenía ni hambre, no quería ir a dormir. Agarré una manzana y me fui a mi cuarto. En un descuido me dormí y soñé que la copa se caía... me desperté asustada. ¡La copa! Todos vinieron a verme:

—¿Qué te pasa? —dijo mi mamá.

—La copa, la vi. ¡Está ¡roja!

—Es que es roja —dijo mi mamá riéndose.

Estaba muy enojada. A quién se le ocurre comprar copas rojas para hacerme asustar si saben de mis poderes.

Felicitas Rotta di Caro

Una tarde

Una tarde muy calurosa Eliseo estaba aburridísimo, su tía madrina estaba limpiando la galería. Había llovido, la casa estaba llena de agua y todo estaba mugriento. Eliseo caminaba por la casa y llegó a la puerta de un cuarto. Quiso entrar

sin
renglones

sin
renglones

y empujó la puerta, pero esta no se abrió. Eliseo recordó que en el baño había una silla, la arrastró hasta la bendita puerta. Se subió a la silla, agarró el picaporte y abrió la puerta. Cuando entró vio unas latas brillantes, se acercó y en eso a un lado encontró una brocha enorme. La agarró y la pasó por las paredes levantando un montón de tierra. De pronto vio algo que le llamó la atención: era un pote blanco... Quiso agarrarlo, pero se le cayó y quedó todo embarrado de talco.

Eliseo se volvió a aburrir, así no más con todo el talco que tenía encima se puso a saltar en su cama. Su tía derramaba furia por los ojos, le gritaba. Lo agarra, lo termina de sacudir y lo cambia.

Eliseo, de vuelta aburrido, vuelve al cuarto de los cachivaches. Algo de talco debe quedar.

Candela Villalonga





Yo escribía

Era de noche. Las calles, cubiertas de una oscuridad profunda. Ella estaba esperando. Le pedí unos momentos para escribir una carta. Asintió con la cabeza. Escribí, escribí con una pluma que mojaba en un tintero casi vacío.

Mientras escribía, hablaba con ella. Ella me escuchaba. Cada tanto preguntaba:

—¿Te gusta la luna?

—¿Te gustan los tigres de bengala?

Yo no contestaba, escribía.

Ella esperaba.

La melancolía fue llegando junto a la nostalgia, también el dolor.

Yo escribía.

Ella esperaba.

Mi corazón se culpaba por haberla olvidado.

Ella esperaba. Yo no recordaba.

Joaquín Flores

sin
renglones

sin
renglones

Viento amarillo

Los cazadores reconocían este signo como un peligro inminente. Le temían y aunque buscaban alejarse lo más rápido posible, sabían que el viento tarde o temprano los encontraría.

El viento amarillo no es como todos los vientos. No es, por ejemplo, un viento de color, tampoco es necesariamente un viento que por su color tenga que ver con el desierto, no es una tormenta de arena. Miles de estudiosos intentaron sin éxito averiguar cómo y dónde se forma.

Las supersticiones ocupan el lugar de la ciencia; la leyenda, el de los datos históricos.

Dicen que empieza con la atmósfera cargada de azufre cuando los cazadores buscan su presa. Que al apuntar lo huelen y que se transforman en la presa. Sienten entonces como la sensación de peligro llena el alma, penetra el corazón. El viento amarillo obliga a cerrar los ojos, no se escucha ni el más mínimo susurro. Dicen que es el fin de la caza. No se vuelve a ser el mismo.

Gregorio Llobeta





Sombra

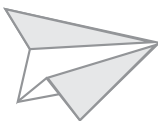
Busco mi sombra, me gusta verla cuando voy caminando. Si no la veo cruzo la calle para encontrarla, ella y yo odiamos los días nublados, los días que desaparecen cosas.

Si el día esta difícil ni pinta tener ganas de salir, de donde sea que salga.

Me sigue, no estoy sola y se parece tanto a mí... Oscura a veces, fragmentada, doblada, larguísima, cambiante, volviéndome loca. Existe para eso, creo, para desobeder a las formas y para irse si no hay luz.

Lucía Grassia

sin
renglones



sin
renglones

La escritura compartida

La escritura compartida propone el desafío de sostener, entre todos, la cohesión del relato. Mientras nos vamos en la aventura de alcanzar una historia, muchos podrían ser los juegos para lograr este objetivo. La idea es entender cómo la resonancia de cada propuesta compone los pedazos del resultado final.

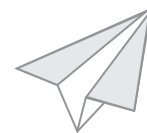
Si el relato toma el rumbo de un hecho, el discurso alcanzará su realización con imágenes, un encuentro con alguna realidad definida donde conviven los matices del yo, de esa primera persona que siempre aparece como propuesta inicial y se fragmentará en las distintas voces.

Si un personaje es el que alcanza la atención del texto, hay que construir por partes la historia, construir el persona-

sin
renglones

je, cuidarlo de las fragmentaciones o de sus totalidades sin matices. Dejarlo desprenderse y caminar entre sus propias contradicciones por el enunciado. Hay una atención especial, guiños, complicidades, gestos propios que pelean por apropiarse del camino y el deseo de ir viéndolo andar por la escritura. Cada uno de los aportes no es sustituible y en ocasiones no es discutible.

Estos juegos de escritura colectiva permiten un rastreo personal intenso, una concentración importante y la búsqueda de sentido sobre lecturas que son siempre soporte en los momentos de creaciones. Se construyen oralmente, casi al ritmo del pensamiento, maravillosa cadencia que se parece a los momentos en que se escribe de un tirón. El proceso es una fiesta.





De otra dimensión



Cuentos para viajar del punto, recta, plano, volumen a donde sea que haya una aventura

El lugar

La vida en un punto es tan aburrida. Poco espacio para mí y siempre que camino termino en el mismo lugar. Este punto tiene un pequeño centro comercial, donde paso mis tardes pensando cómo sería la vida en otro lugar. Porque aquí ya no hay espacio ni para gritar.

Gregorio Llobeta

sin
renglones

sin
renglones

Estoy encerrada en el cruce, y no sé para dónde ir. Solo hay dos calles, y estoy cansada de recorrerlas. Debo huir.

Lucía Juárez Rodríguez

La vida en este lugar, siendo franco, es algo apretada e incómoda, pero generosamente interesante.

Nicolás Ganem

Atrapado en sus paredes, harto de esperar que algo suceda en este lugar tan vacío y aburrido. Un lugar con límites en sus fronteras; a veces, el tamaño varía según el punto en el que te parés. No hay nada de diversión aquí. Es un lugar para pensar.

Joaquín Flores





Despertar en la oscuridad dificulta abrir los ojos completamente. Caminar en cuadros despeja la mente. Saltar por los puntos mata el aburrimiento de este eterno —y perfecto— vacío.

Ignacio Ibarra Cárdenas

La vida aquí es un tanto peligrosa, aunque me aburriría en otra parte. Me gusta mi lado con sus problemas de verticalidad.

Eugenia García Sacco

La vida en cuadrado es muy aburrida y rígida, todos los días lo mismo. Levantarse, ver qué hay en las esquinas, trabajar en la próxima esquina, un rato en la plaza en la esquina siguiente, y volver a casa hasta el otro día.

Mora Toscano Caldelari

sin
renglones

sin
renglones

Un lugar perfecto para vivir: primavera soleada, invierno soleado, otoño soleado y HASTA EL VERANO ES SOLEADO; el lugar más feliz de todos. Es pequeño, hay poca gente... a veces extrañamos el frío por aquí.

Luciana Ceridono

Una vida aburrida: observar las mismas cosas, sin emoción ni aventura. Estar atrapado aquí es una tortura sin la persona que amo.

Florencia Silva

Los puntos son confusos. Por ejemplo, nosotros somos un punto, un punto de puntos. Y cada punto de esos puntos está formado por un punto.

Juana Ganem

La vida es segura en el medio. Si uno se anima y camina hasta los extremos, se da con que ha cambiado de forma y el





paseo se vuelve otro. Puede ser peligroso, porque los extremos lo son, pero si uno es inteligente puede cambiar su vida asombrosamente. Solo hay que arriesgarse y seguir caminando en línea recta que, según dicen, encontrarás círculos.

Lucía Grassia

Los del otro lado

Algunas tardes puedo escuchar a mis vecinos cantar, correr, ser felices en su lugar, lugar infinitamente grande. Si tan solo supieran lo que es vivir en un espacio infinitesimalmente chico... LOS ODIO. Esas personas se burlan de mi punto.

Gregorio Llobeta

Los odio por vivir en un lugar más grande y mejor amoblado. Un día les voy a preguntar si quieren que cambiemos de lugar y quedarme con el de ellos para siempre.

Lucía Juárez Rodríguez

sin
renglones

sin
renglones

Tiene demasiadas aristas y es demasiado complicado, aparte también es algo aburrido. Si se comete algún error en su confección, es inaceptable: hay que volver a empezar desde el principio. Tiene puntos, perspectivas y cosas aburridas. Es muy molesto dibujarlo.

Joaquín Flores

No comprendo a la gente de afuera. Su seguridad volcada en esas afiladas puntas (ellos las llaman vértices) me genera huracanes de nervios. Por la noche empezaré a cerrar con llave.

Ignacio Ibarra Cárdenas

¿Ese punto? No se puede caminar ni escalar. A mí déjenme mi cuadro.

Eugenia García Sacco





Odio a la gente del punto, tan flexible, impredecible. Todos los días inventan una regla nueva para romperla. Se burlan de mi ciudad por ser cuadrada.

Mora Toscano Caldelari

Los odio, los envidio, no los quiero. Tienen un poderoso invierno y un espacio más grande. Deberían haber invadido ese lugar en las guerras patrias. Yo tengo todo el sol.

Luciana Ceridono

Mis vecinos se dedican a disfrutar la vida de una manera más original, tienen más espacio y son lo más optimista que conozco.

Florencia Silva

sin
renglones

sin
renglones

Me puse a pensar que odio a mis vecinos: son bastante aburridos y seguramente no están formados de puntos.

Juana Ganem

Hace ruido y lo odio. Simplemente no se da cuenta de que todo se escucha, de alguna manera todo traspasa los muros y llega interrumpiendo mi tranquilidad. Demasiado ruido para algo tan cerrado como él.

Lucía Grassia

La unión

Un día quise arruinarles su felicidad. Mi plan malvado habría salido a la perfección si tan solo hubiese podido cruzar ese puente. El puente tiene tres caminos. Nadie sabe muy bien cuál te deja en el otro lado; esta vez elegiré el corto. Debe llevar agua, comida y una cuerda. Estoy seguro de que los de

200





la línea pusieron trampas en el puente. Sobornaré al guardia que protege la entrada. Y finalmente podré arruinar la felicidad en la línea.

Gregorio Llobeta

Hay un puente que se puede cruzar para ir a lo de mis vecinos, pero es difícil porque para pasar hay que saltar unas piedras grandes, hay que colgarse de una sogá (que es bastante flaquita) y, finalmente, hay que jugar a la rayuela en las piedras.

Lucía Juárez Rodríguez

El puente es difícil. Hay que hacer un paso y después gritar AA; el paso que sigue, BB, y así... Cuando se te acaban las letras podés volver a empezar. Aun no sé cómo gritar HH.

Nicolás Ganem

sin
renglones

201

sin
renglones

Para cruzarlo es necesario hacer equilibrio y empezar a caminar cuidadosamente hasta que tu cordura parezca haberse quedado en el café de la esquina. En caso de que tu cordura no se haya ido (o que no le guste el café), cruzarlo tantas veces como sea necesario. En caso de haberla perdido, acostumbrarse al entorno entre el comienzo y el final.

Joaquín Flores

Existe una conexión entre ellos y mi morada. Agilidad y equilibrio son requerimientos para ser transportado. A veces se escucha que no logran cruzar y se caen. Espero que nunca logren llegar.

Ignacio Ibarra Cárdenas

A veces me dan ganas de cruzar el puente hacia lo de mis vecinos. Para eso hay que ponerse zapatillas con planta plana y deslizarse sin levantar los pies del piso... o se van a enterar de que otra vez los estoy espiando.

Eugenia García Sacco

202





Entre el punto y el cuadrado hay un puente con forma de línea. Para poder cruzarlo solo hay que caminar y hacer equilibrio. Es muy finito. Los vecinos jamás se atreven a cruzar hacia mi cuadrado. Cuando los veo cruzando empiezo a pedir que se caigan... a veces se cumple.

Mora Toscano Caldelari

El puente que nos une es imposible de cruzar, es bastante raro. Es resbaladizo, tiene algo que los del otro lado le llaman *hielo*; no sabemos qué pasa cuando lo tocás. Igual, tanto no nos importaba lo que pasa en el otro lado.

Luciana Ceridono

No dejo que nadie pase, a menos que me cuenten la cosa más hermosa que les pasó en su vida. Si me mienten, los haré recordar sus más oscuros recuerdos para siempre.

Florencia Silva

sin
renglones

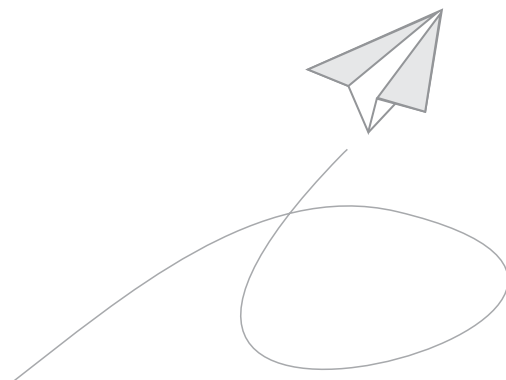
sin
renglones

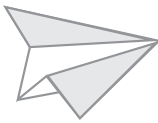
Para cruzar este puente hay que estar listo para cualquier contingencia que se presente. Usar zapatillas de colores apagados, para que no te vean los animales salvajes. Y siempre caminar por una sola línea: si te pasas de camino, te atropellan. Y nunca te olvides: los puntos somos confusos.

Juana Ganem

Hay tres caminos, pero solo dos nos conectan. Si te odio y no soporto tus ruidos, usá el primer camino. Si entrás en el grupo de los que no me gustaría tener cerca para encima tener que ignorarte, te invito a que vayas por el segundo camino. El tercero es aconsejable para aquellos a los que no quiero ver o los que no quieran salir emocionalmente heridos (si el camino se termina, no te detengas, estás cada vez más cerca). Violar las reglas es potencialmente peligroso para su integridad física.

Lucía Grassia





Pensando en la sala de espera

Hay cosas importantísimas que me importan un carajo. El sol, la luna, la galaxia.

Sospecho de las cosas que no tienen nada rojo. Recuerdo ese pantalón rojo que usé en Año Nuevo del 2000. Recuerdo... qué se yo, que era rojo, que era un pantalón que usé una noche en coche con choche y un fantoche.

Si alguien me quiere anochecer, no sé, tengo algunas sospechas, no muchas, pero algunas.

Tengo miedo porque mis manos me obedecen y sucede lo impensable: piensan.

Ignacio Billone - Nicolás Ganem

sin
renglones

sin
renglones

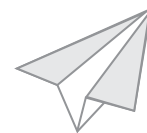
Pensando en un baño público

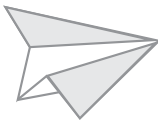
El secreto de la letra L es que es tímida, se oculta detrás de las vocales, siempre con la sombra de la E. No se la puede culpar: las consonantes en general son tímidas. A veces hay que llamar al desagotador para destaparlas y levantarles el ánimo.

A las consonantes les da vergüenza estar escritas en las paredes de los baños. No les gustan las estaciones de servicio ni los hospitales, consideran que son cosas que debieran ser solo para vocales.

Entre tantas cosas escritas saco un lápiz y también escribo: "Hoy no le di la merienda a la luna, todavía ella no estaba presente. Mantenga limpio este lugar".

Sada Abate Rospide - Lucía Juárez Rodríguez





Pensando antes de dormir

Definitivamente, el té de los ocasos lánguidos se parece a la soledad. Si una persona está triste, mejor evitar ocasos lánguidos. Las sombras en la vereda, efecto de la luz rara del sol de última hora, hace que las personas parezcan malas, atragantadas con caracoles que comieron antes de bañarse, porque si hubiera sido después, todo lo malo pasaría, se saca con el baño lo negativo y surge la inspiración. Hay un despliegue de manantiales.

Sé lo que ella hizo cuando los muebles empezaron a lanzar la ropa por el aire. Salió gritando a la calle y todos saben hasta donde pueden perseguirte los muebles.

Florencia Silva - Mora Toscano Caldelari

sin
renglones

sin
renglones

Líneas (jugando en la librería)

1

Se dirigieron al salón dónde las bandejas sostenidas por los camareros se alzaban sobre los hombros.

Esa referencia al comienzo y al poder es inseparable de la figura.

Treinta y nueve habían fallecido y dos se encontraban prófugos.

Para finalizar nos encontramos con un intelectual que tuvo una evolución singular, relativamente original, en su pensamiento.

Me gusta estar al lado del camino.

Y es así como me despido. Al parecer, no funciona y yo no quiero que te vayas, así que tendré que irme yo.

Pero.

Quiero que estés de mi lado.

208





2

En cualquier caso, el panorama ha cambiado notablemente en los últimos quince años y contamos ya con un buen número de estudios sobre el anti clericalismo español.

Los perros alzaban sus figuras fantasmales hacia el cielo y la luna parecía rodar misteriosamente, ese color azul, tan suavemente azul.

Estos tardíos comienzos, aunque comienzos al fin, se advierten en el armado de una agenda de investigación con marcas propias.

Me parece importante lo que transmiten estos juicios para después poder trabajar todas esas cuestiones de manera más profunda.

Que llore, que llore esa malvada, que sufra, que sufra esa malvada.

El cielo lloraba deseando un arcoíris salvador.

La lluvia terminó tres días después.

sin
renglones

sin
renglones

3

En este libro afirmo que los manifestantes de Santiago del Estero y de Neuquén han buscado ciertamente trabajo y salario.

«Este loro es un ángel», dijo una gallina vieja, ciega y, según murmullos, psíquica.

Se difunde en la paz de la familia el doméstico olor del amasijo.

«Hoy es siempre todavía», dice el español, y se asoma al mundo y descubre el allá maravillado.

Sería tan lindo hacer un puente sobre el mar solo para vos.

Llovía tan fuerte que pronto las casas se iban a inundar.

Sin embargo, todo empezó a quemarse y el mundo se vino abajo.

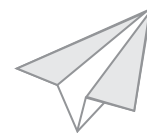
4

Cada hormiga con su hormigo y así sucesivamente.

En los cardales trincan alegres las nerviosas cabras.

El cielo negro, el silencio de los espacios infinitos, me atormenta .

Y si acaso no brillara el sol y quedara yo atrapado aquí.





¿Puede un hombre aferrarse nada más que al cielo y olvidarse de la tierra?

Su estigma a ser siempre noche, noche mala, noche seca, noche fría.

Nunca hay que confiar en el clima; al fin y al cabo, es triste.

5

La cuestión parece caricaturesca. Sin embargo, no lo es.

La intersección de las biografías beligerantes y las historias siguen siendo un terreno sin demarcar.

Existen compromisos sin motivos.

Una postura crítica es una postura de interpretación de todos estos hechos fundados en la razón.

A todos los vuelvo locos con mi pollera amarilla

Abandoné la placidez del sueño; cuando regresé a la vigilia, me vi empapado y temblando de miedo.

Así expresaba el propio Isidro Quiroga en su mensaje al Consejo.

¿Qué es lo que quieren de mí?

sin
renglones

sin
renglones

6

El otro eje de este libro consiste en dar cuenta de la diversidad regional y social que tienen los juicios en el país.

Así lo relata la memoria municipal correspondiente a aquel año.

El choque entre estas concepciones de la soberanía y sus límites son ineludibles.

Ya me estoy volviendo canción, barro tal vez.

Este paréntesis es necesario.

La máxima de hoy será de 33° y ya perdí el tren.

La tarde que encontramos el Aleph

En la etapa de corrección de las escrituras, el desorden y el ruido se apoderan del taller. Algunos deben terminar cuentos, otros arreglar las situaciones temporales de la historia (o desarreglarlas del todo), otros solo están merendando. Es una tarde cálida. Cuando el viaje a la cocina de «Voy buscar el trapito» se repite por tercera vez y ya van dos gaseosas y





un jugo en el suelo, es hora de empezar a leer. Jugar un poco, calmarnos y recién entonces sacar el libro.

Para cada encuentro tenemos una lectura: si falla o suceden cosas que hacen que esa elección no fuera acertada, tenemos plan B y plan C. Aun así, puede no funcionar y es lo bueno de estar en una librería. Hay cientos de planes a disposición.

Volvemos al juego

La esfera tornasolada nos lleva la mirada a todos los puntos, maravilla de lo simultáneo.

Ya hablamos de nuestra estrategia de juegos, de listas, de palabras sueltas, de jugar con la velocidad del pensamiento para entrar a la hoja con un poco de ritmo.

Con las manos cerradas como si tuviéramos una esfera, la miramos y nos asombramos. En esa esfera están todas las cosas. La lanzamos a alguien y en un juego de mucha velocidad cada uno va diciendo lo que ve y lanzando a su vez la esfera.

sin
renglones

sin
renglones

Cambia el plan de lectura en ese mismo momento. No tenemos el libro. En la computadora buscamos a Borges mientras la coordinadora, segura de que a Georgie no le importaría nada la herejía, empieza a contarles *El Aleph*.

A los chicos les gusta. Preguntan por Beatriz, por Buenos Aires, preguntan qué es un zaguán. Expertos en amores no correspondidos por experiencias y lecturas, encontramos la escalera y ahí, ahí vemos el Aleph.

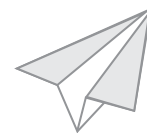
Leemos la última parte desde la pantalla, la belleza del texto en la enumeración de todo lo que Es. Los chicos se asombran ante la totalidad de los sentidos. Tienen entre seis y diez años.

Emociona lo mágico del momento, no por el texto *sagrado*, sí por lo que la literatura es capaz de transformar: ese privilegio de tirar palabras al aire, del estilo o de la torpeza con que se baraja el momento en que cosas como estas ocurren.

El poder del texto entrando, entramando en la libertad del lector, podría haber sido otro cualquiera. Fue este, alquimia inexplicable de un momento determinado.

Partimos una hoja, y escribimos tres cosas que vimos en el Aleph.

Aquí está. (Solo esta parte; todo lo demás se quedó en la simultaneidad).





Delfina: Vi una luna redonda que duraba todo el tiempo, un libro de agua que brillaba como si circulara y olí el olorcito del pan.

Martina: Vi a Neptuno saliendo del agua al amanecer, vi el desierto anaranjado, vi una dentadura cobrar vida sobre un caramelo.

Julia: Vi el fuego y su fuerza, vi el agua y la calma, y todos los atardeceres de primavera.

Candela: Vi secretos, vi la creación de los humanos en una cascada, me vi a mí en ese mismo momento que ya era otro.

Sofía: El fin del mundo fue lo que vi, vi el infierno y lo crucé, vi a todos los dioses.

Tiziana: Vi las guerras, los sueños del mundo y la Vía Láctea.

Lisa: Vi cosas tontas, vi las manos de mi mamá y a Lisa hecha de letras.

Felicitas: Vi el casamiento de mis abuelos, vi todos los por qué y la última mañanita de sol.

sin
renglones

Noé: Vi una montaña de figuras rotas, el árbol de las manzanas de oro y una silla donde nadie puede sentarse.

Milena: Vi el miedo, vi el país con el que todos sueñan, vi los secretos más oscuros.

Lucía: Vi el sueño que mi mamá tuvo ayer, vi la mala suerte y a mí misma mirando el Aleph.

Agustín: Vi el espacio sofocante, la fragilidad de todas las puertas y vi correr los ríos.

Naira: Vi lo que no se puede ver a simple vista, vi letras saliendo de un libro y ser otra cosa y vi el final de todas las galaxias.

Eugenio: Vi un animal más pequeño que un punto, el inexplicable y asombroso futuro, vi la maldad sentada en la tierra.





Hace veintitrés años armamos el primer taller. Las ideas fueron andando con nuestros proyectos y pasiones. Pensar la infancia en números por estas latitudes casi siempre arroja resultados sorprendentes para bien o para mal.

Mandrágora ha resistido, como muchos compañeros de áreas de la cultura provincial, los innumerables cambios políticos, sociales, críticos, coletazos globales, marchas y contramarchas de las instituciones culturales.

La infancia en todas sus arbitrarias geografías ha sido alcanzada por nuestra palabra que nombra una planta de altos poderes, capaz de reproducirse a sí misma, y que es para los hombres una imposibilidad arrancar.

Hemos plantado mandrágoras en el Hospital de Niños, en alta montaña, en la Casa Cuna y todas las instituciones que le continúan, en hogares transitorios, en red con fundaciones, en comedores, en escuelas públicas y privadas. En bibliotecas populares.

Nómades siempre, hemos mantenido nuestro cuartel central en los talleres anuales de los circuitos universitarios, espacio en el que este proyecto tuvo su génesis. Siempre vivimos literatura en tiempos de crisis.

sin
renglones

sin
renglones

Estos últimos tiempos nos vinimos a vivir a EDUNT, a la librería, y a pensar en un camino de realización para las producciones escritas.

2016, el año

2, los grupos

2, los días de la semana

30, los chicos

2 coordinadores

2 auxiliares

2 coordinadores de teatro

1 mesa

30 sillas verdes

1 cartuchera común (innumerables lapiceras, marcadores y fibras)

4 resmas de papel A4, dos blancas y dos verdes

50 almohadones de goma de colores y letras

45 libros vividos

60 cuentos y relatos leídos

1 novela

74 encuentros de talleres que incluyeron el receso de julio

19 juegos creados para estos grupos, este año

218





10 sábados tropicales de 38° promedio, a la siesta en el PUNA para ensayos de nuestra obra

4 ensayos especiales en el Centro Cultural Virla

40 bolsas grandes de galletitas para los ensayos

40 botellas de agua, millones de vasitos descartables

4 pendrive con innumerables temas musicales

2 equipos de música

3 computadoras

28 reuniones de equipo

1 guión (y sus muchas versiones)

1 performance teatral de presentación: *No me alcanzan las palabras*

1 montón de relatos

1 libro: *Sin renglones*

1 000 000 de Gracias

sin
renglones



Índice

Mundo Mandrágora: prólogo en modo contar una vida de palabras con muchos tiempos	9
Saber, imaginar, escribir «sin la hoja Rivadavia»	23
Sin renglones	31
Los autores	43
La otra cara	45
Cinco gaviotas azules	47
El cuerpo desparramado	49
Asma	52

sin
renglones

sin
renglones

El collar	53
Yo no juego con esos juguetes	55
El fin del mundo	56
Tortuguita	58
Números	59
¿Murciélagos o vampiros?	60
Problemas de bebida	62
Invisible	64
El pelo de Tomás	65
Una apuesta	67
Páginas amarillas	68
<i>Game over</i>	70
Este amor	73
<i>If</i>	75
As de corazones	77
Para irme	78
Recuerdos ahogados	79
Viaje	80
Ellos	82
Indiui/dualides	84
Efectos especiales	84
El secreto	86

222





Fiebre	87
Cosas contentas	88
La risa	89
El fuego del poema	90
Sin limitaciones	92
María	93
Solo letras	95
El nombre	96
El papel	97
Deseos	99
El mundo violeta	101
Ángela	102
Ángulos	103
Un caso interesante	104
Cartas	105
Tres secretos	106
Mantra	108
Insomnio	109
Contradicción de amor	110
En las noches no hay faroles	111
Teatro	112
La hora	113

sin
renglones

sin
renglones

Nada	114
Lo justo	115
Solo algunos	116
Ausencia	117
Tormento	117
Todo bien	118
El vaso	119
Mala suerte	120
Signos	121
Espero	123
Preguntas	124
La última apuesta	125
Corazones que desaparecen	126
Oración	128
Si yo fuera grande...	129
Si me miro en el espejo	129
Salvarse	130
Cosas de gatos	132
Cielo	133
Solo	133
Quisiera, pero...	135
Cuando apago la luz	136





Mi propia pesadilla	137
La edad del pavo	138
La puerta	139
La prueba	140
Diez cosas para llevar a una isla desierta	141
Cosas que me gustaría decir y que me digan cuando me enamoro	142
Mis sonrisas	143
Cinco cosas	
Para ganar una guerra	144
En un sorteo	145
El costurero	146
El regalo	147
No es así	148
Papelito	149
Soñar un gato negro	150
Crisis	151
Mariposas	152
El abanico	153
Prototipo 1	154
El día que nadé 25 000 metros bajo el agua	155
Carta de presentación	156

sin
renglones

sin
renglones

Y que sea cierto	157
La sutileza	158
De pelos	159
Es tan linda	160
De pensar	161
Pero no	162
Contactos	163
Manchas	164
Calles vacías	165
No es tan fácil	165
El balcón del 9	166
Caretas	168
Ángeles y demonios	169
Equipaje	170
Una luna	171
Carta urgente	172
Ajeno	173
El tío Emilio	174
Giros	175
Trenes	177
Azul	178
Fiestas familiares	179

226





La tarde cuando tu padre se fue	181
Para tener en cuenta	182
La copa	184
Una tarde	185
Yo escribía	187
Viento amarillo	188
Sombra	189
La escritura compartida	191
De otra dimensión	193
Pensando en la sala de espera	205
Pensando en un baño público	206
Pensando antes de dormir	207
Líneas (jugando en la librería)	208
La tarde que encontramos el Aleph	212
Voluemos al juego	213

sin
renglones

Se terminó de imprimir en
los talleres de Imprenta Dorrego
Diciembre de 2016

Au. Dorrego 1102 - C1414CKT - C.A.B.A.
Tel./ Fax 4855-5353 / 4854-4644
República Argentina
www.imprentadorrego.com.ar

La presente edición consta de 300 ejemplares

